EL RAPTO DE
HELENA



GREDOS

EL RAPTO DE
HELENA



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8710-6
Depósito legal: B 7204-2017

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

También mi hermana Casandra, despeinada como estaba, cuando querían nuestras naves izar ya las velas me gritó: «¿A dónde corres? Volverás trayendo contigo incendios. No sabes en busca de qué inmensa llama vas por estas aguas».

Heroidas, Ovidio, 16

Dramatis personae

Los helenos

Helena – hija del rey Tindáreo de Esparta, célebre por su belleza, pretendida por muchos héroes.
Tindáreo y Leda – reyes de Esparta y padres de Helena, afligidos por la maldición que pende sobre sus hijas.
Cástor y Pólux – hermanos de Helena, rivales pero inseparables.
Menelao – aguerrido hermano menor del poderoso rey Agamenón de Micenas.
Ulises – príncipe de Ítaca, celebrado por su ingenio.
Etra – madre de Teseo, a quien Cástor y Pólux se llevaron como rehén cuando rescataron a Helena del secuestro del rey de Atenas.
Peleo – noble y bondadoso rey favorecido por los dioses con la mano de la nereida Tetis.

Los troyanos

Príamo y Hécuba – longevos reyes de Troya, padres de numerosos vástagos.
Héctor – heredero del trono y comandante del ejército troyano.
Paris – pastor del monte Ida a las órdenes de su padre, Agelao, conocido por su hermosura.

Agelao – mayoral que gobierna la ganadería del rey Príamo en el monte Ida.
Deífobo – príncipe troyano, siguiente en la sucesión después de Héctor, reconocido auriga.
Casandra – hija de Príamo con dones proféticos a la que nadie cree por maldición de Apolo.
Eneas – príncipe de Dardania casado con Creúsa, hija de Príamo.
Hesíone – hermana de Príamo, raptada por el rey heleno Telamón de Salamina.

Los eternos

Eris – divinidad de la discordia y la rivalidad.
Afrodita – diosa del amor y la belleza física, hija adoptiva de Zeus.
Hera – esposa de Zeus, protectora del matrimonio.
Atenea – diosa de la sabiduría y la estrategia, la preferida de su padre, Zeus.
Tetis – nereida cortejada por Zeus y Poseidón, a la que ambos entregan en matrimonio al rey mortal Peleo porque una profecía dice que su hijo superará a su padre.
Enone – ninfa de río con dones proféticos, primer amor de Paris.

1

La manzana de la discordia

Murmuraba el aire con una honda vibración. Allí donde el azul celeste se disolvía en el azul marino se levantaba una neblina que iba cobrando cuerpo. La inmensa ola galopaba sobre el mar semejante a una estampida que encabezaban los caballos de Poseidón asomando en la cresta. Al frente de su carro, el robusto dios dirigía con firmeza las riendas, sacudido por el viento y el agua como un farallón en medio de la espuma. A sus flancos, una guardia de hipocampos y delfines daba la impresión de estar hecha de agua, de ser la ola misma. Encima de sus lomos montaban las nereidas, coralinas ninfas del mar, con sus largas cabelleras agitándose a la espalda en forma de estela. Algunas de pie y otras a horcajadas sobre sus monturas, dirigían la voz a los cielos entonando la limpia melodía que jugaba sobre el rugido de la ola.

Antes de arribar a la costa se fue aquietando el oleaje hasta dejar, deslizándose suavemente, el carro sobre la superficie.

Poseidón entró en las aguas de la ensenada, tan claras que exponían el lecho teñido por una luz turquesa. Surgiendo de ellas se alzaban a su paso decenas de oceánides, vestidas de gotas destellantes, que iban componiendo un solemne pasillo. Resonando caracolas, saludaron a la comitiva con una fanfarria de profundidad abisal.

A la arena de la playa salió a recibirlos una muchedumbre de ninfas de los bosques y de las aguas dulces que bailaban agitando las colas de sus leves ropajes y cantaban en armonía con sus primas del mar. Retomando el camino que aquellas trazaban, lo continuaron hasta una enorme roca rojiza, sobre la cual, a modo de podio, aguardaba un joven rey —el insigne Peleo—, destacado entre los mortales por la nobleza que traslucía su mirada. Vestía para la ocasión con sus mejores galas, brazaletes y grebas de plata, ropas de tela nívea con ribetes de oro y una amplia capa carmesí que ondeaba hacia un lado. En su hombro se apoyaba, afectuosa, una recia mano que anticipaba la presencia magnífica que se erguía a su espalda a modo de guardián excepcional. Prominente y amplio de espaldas, el soberano celeste irradiaba una intensidad tangible que afectaba el ambiente en derredor: los brazos poderosos, cabellera y barbas negras y encrespadas, los ojos insondables.

Aferrado a su alto cayado, Zeus omnipotente contemplaba la llegada de su hermano, al tiempo que salían de la linde de los bosques del monte Pelión más y más seres eternos, dioses, ninfas, sátiros, la familia del soberano celeste, la corte que habitaba en la ciudadela del Olimpo, ansiosos todos por presenciar la llegada. Con ellos, tímidamente, se mezclaban los convidados humanos, reyes, héroes, gentes de noble linaje, que se

maravillaban de caminar entre criaturas tan majestuosas y se enorgullecían de haber sido llamados entre ellos.

Al arribar a la orilla, Poseidón viró el carruaje para situarlo de costado. El corazón de Peleo palpitó en sus sienes cuando distinguió que un cándido pie descendía para ir a apoyarse en la arena y que, antes de que la alcanzara, los granos se separaban para dar paso a una piedra que emergió de las profundidades y se colocó debajo. Irradiando una luz argentina de la corona de coral que recogía sus cabellos, bajó a tierra la nereida más hermosa que jamás viera el mundo: la cautivadora Tetis. La acompañaba su viejo padre, Nereo, cuya maraña de melenas y barbas canas resaltaba aún más el asombroso brío que lo animaba. Tetis avanzó cogida de su brazo sobre las losas que iban brotando. Así mismo guio Zeus al rey Peleo para bajar de la roca, que se prolongó delante de ellos en forma de escalinata. Pronto se encontraron unos y otros en medio de la playa, donde los custodios quedaron a distancia mientras enviaban a la pareja a cubrir los últimos pasos. Tetis y Peleo quedaron frente a frente. Sus ojos se cruzaron por un instante, tras el cual la nereida huyó para mirar alrededor, donde se iba reuniendo la numerosa concurrencia de dioses eternos y preclaros mortales.

Se destacó de los demás la reina celeste, la gran señora Hera, ataviada con una corona de flores y con un largo vestido. Llegando hasta los casaderos, tomó la mano de ella y luego la de él. Zeus reparó en la ternura, la gratitud incluso, con que su esposa contemplaba a la nereida. Cuando la diosa unió ambas manos llovieron del cielo pétalos de rosa, de lila, clavel y azalea, de todas las flores de la tierra, y se fueron posando sobre los invitados y alfombrando la playa. Sonriéndoles bajo

la lluvia floral, la protectora del matrimonio reculó unos pasos. Así quedaron cogidos uno del otro ante todos, mientras volvían a sonar las caracolas de mar, coreaban musas y ninfas, y se alzaban al cielo los vítores de los poderes del universo, las formas vivas de la naturaleza, criaturas divinas grandes y pequeñas, que se habían reunido aquel día radiante con motivo de las bodas de Tetis y Peleo.

En aquel momento extático en que la tierra entera vibraba de gozo al ritmo de cánticos y aclamaciones inmortales, el señor del mar y el soberano de los cielos no pudieron evitar encontrar sus miradas a través de la distancia que los separaba. En los ojos de Poseidón ondulaba el enigmático añil de la inmensidad marina, mientras que en los de Zeus titilaba, vertiginosa, la noche cósmica sembrada de luminarias.

❖

Espumeaban los torrentes de vino al bajar por las laderas del Pelión y los sátiros se lanzaban de cabeza a los remansos. La tierra se humedecía con lloviznas de leche que empapaban los cuerpos de las ninfas en sus bailes al son de la tonada que tañía Apolo, dulcemente acompañado por las voces de las musas. A lo largo de toda la montaña, rubias mieles goteaban de las flores, las fresas se apiñaban en sus matas y las uvas, en sus parras. Caían bien maduras las cerezas, las manzanas, las peras sobre tumultuosas mesas alargadas, dispersas aquí y allá por las arboledas, alrededor de las cuales se arremolinaban parloteando, carcajeándose, alzándose para cambiar de lugar, deambulando arriba y abajo, los invitados al banquete. Sobre sus cabezas volaban bandadas de palomas que sostenían jarras para decantar y bandejas con sabrosos manjares mediante

cintas y bandas de tela. En la mesa nupcial, situada bajo un manzanar en lo alto de un otero, un dosel flotaba sobre las cabezas de los recién casados prendido por el pico de estorninos y ruiseñores. De vez en cuando, agitando el follaje, se perseguían algunos, ebrios de deseo.

A todo esto, una nube oscura se había detenido en el cielo del este, incapaz de continuar su camino. Allí dentro, envuelta en cargados gases que enmascaraban su vuelo, la diosa Eris acechaba a los convidados con los labios apretados y el ceño fruncido en una gran arruga, pues era la única ausente en el festejo. Una fuerza impenetrable cubría el Pelión como una campana y le impedía acercarse a él. Cuando, días atrás, llegó a sus oídos que el centauro Quirón, gran amigo del novio, enviaba las invitaciones por orden del señor celeste, había esperado la suya. Sin embargo, no llegó jamás. ¿Se habían olvidado de ella? Un error muy conveniente.

La severa Eris se complacía en remover el ánimo de los mortales para que anhelaran ser mejores: lograba que los perezosos trabajasen duro y pusieran su casa en orden, que los campesinos vivieran ansiosos por arar y plantar, que los artesanos fabricaran piezas más perfectas, que los cantores entonaran melodías más delicadas. Era su convicción que, para conseguir esos efectos, no tenía más que mostrarle a cada uno los logros de otro, pues ningún hombre permanecía impasible ante la riqueza del vecino. Consideraba que esta discordia era sana y, por tanto, culpaba a la ruindad de los mortales que a veces acabara llevando a peleas o incluso a la guerra. Cuando era así, se sentía ultrajada, pensaba que los hombres habían establecido con ella una deuda de honor al corromper su ayuda y se alegraba de los males que su estupidez les trajese.



Los invitados disfrutaron del banquete nupcial cobijados bajo la sombra.

Contemplaba la diosa en la lejanía con mirada acerba cómo, ante la mesa de los esposos, Quirón mostraba su regalo, que llevaba ceremonioso sobre ambas manos: una magnífica lanza hecha con madera de fresno. Saludado con voces de admiración por los olímpicos, que estaban sentados con los novios, la depositó con los demás obsequios, a modo de complemento de la reluciente armadura que el divino herrero Hefesto acababa de entregar, finamente grabada gracias a su arte excelso. El fornido Poseidón remontaba ya la pendiente del altozano con dos corceles que, en lugar de relinchar, departían entre ellos. Los locuaces caballos Janto y Balio —de los que Eris había oído hablar— eran su presente. Sentía la diosa que, con el agravio que le habían causado, los olímpicos tenían con ella asimismo una deuda de honor. Y ella nunca dejaba las deudas sin cobrar.

También Eris traía una ofrenda para los nuevos esposos. En su mano fulguraba la manzana de oro que había recogido en el jardín que se extendía en las tierras de la tarde, en el extremo del mundo, a los pies del lugar en el cual el titán Atlas sostenía aún sobre sus hombros la bóveda celeste como castigo. Al mismo tiempo que la diosa agitaba el índice en el aire, se fueron labrando en la piel dorada del fruto unas escuetas palabras. Cuando las releyó, distinguió en la superficie bruñida el reflejo de sus propios ojos y vio que sus pupilas latían trepidantes. «Para la más bella», decía la inscripción.

Elevándose por encima de su mano, la manzana fue girando sobre sí misma, más rápido en cada vuelta. Eris apretó los labios antes de cerrar el puño. Con ese gesto preñado de su ira intangible, la manzana dio un estallido, se disgregó en millones de fragmentos y desapareció arrastrada por la brisa.

Majestuosa con su corona celestial en el trono contiguo a su marido, la gran señora Hera observaba desfilar los obsequios nupciales. Atenea acababa de tomar asiento a su lado fingiendo querer también verlos de cerca, aunque su pretensión verdadera era sustraerse de las miradas de Hefesto. La sabia diosa había abandonado sus arreos militares y vestía un peplo muy abierto que mostraba sus hombros y hacía radiantes sus ojos glaucos. Había quedado el herrero en un extremo, bebiendo en silencio para ignorar el bullicio de las gracias, que reían sin compostura y alborotaban, venidas de sus asientos en otro lugar, revoloteando alrededor de Afrodita, la esposa del dios artesano.

Sin que ninguna de estas divinas potencias se percatara, un nuevo fruto se formó, apenas en un suspiro, en una rama del árbol que les daba sombra: se recomponía allí, concentrando sus menudas partículas, la manzana dorada de Eris. Apenas estuvo restaurada por entero, la rama se encorvó a causa de su peso y se rompió el vástago. El fruto de oro se precipitó en medio de la mesa, sobre una bandeja llena de manzanas ordinarias que se desmoronaron como un desprendimiento en la montaña. Pusieron en ese lugar la atención Hera, Atenea y Afrodita desde sus asientos por la mera curiosidad de saber qué había pasado. Las tres se fijaron al instante en la manzana dorada que brillaba encima de las otras y cada una creyó ver que la inscripción que se leía en su piel estaba de cara a ella. Cada diosa se reconoció en la superficie áurea, detrás de las letras, mientras las palabras se grababan en su mente a fuego y se fundían con la idea que tenía sobre sí misma. En un movimiento que pareció orquestado, las tres alargaron la mano para coger el fruto. Pero entonces, tan pronto como se descubrieron mutuamente, apartaron las manos a la vez, evitando mirarse.

La pudibunda Atenea se sonrojó al ver sus pensamientos íntimos al desnudo, que, además, por haberse revelado tan comunes, exponían su trivialidad. Afrodita, por el contrario, no salía de su asombro: ¿qué absurda pretensión era esa que habían manifestado las demás? Hera estaba enojada, aunque lo disimulaba para no quedar aún más en evidencia. Por justicia, honor y edad, no había dudado ni por un instante que la inscripción la aludía a ella. A través del silencio glacial que se había creado en la mesa, las diosas se percataron de que Zeus también se había vuelto y había presenciado el lance. Rompiendo el hielo, Hera le dijo a su marido:

—No puede ser que las tres seamos la más hermosa. Decide tú, señor del cielo y garante del orden, quién ocupa en la creación el lugar que proclama esta manzana portentosa.

Sintió al punto el señor celeste las miradas de las tres y censuró sus labios, pues se daba cuenta de que, forzosamente, si otorgaba la distinción a una sola, se atraería el odio de las demás. Tendría que medir mucho sus palabras:

—Disculpa, gran señora, que renuncie a ejercer de jurado, pues os amo a las tres por igual, a ti como mi esposa y a las demás como mis hijas. No puedo ver vencedora a una y a las otras dos vencidas.

—Exceptuándote a ti, padre —dijo Afrodita—, el único juez adecuado sería alguien hermoso y justo, versado en temas del amor. Pero sería un juicio desigual. Mejor haríamos en evitarlo para que nadie pase más vergüenza.

—Poco miedo te tenemos —intervino Atenea, pues, sintiéndose ofendida, había recuperado su ardor guerrero—. Acudamos a ese juez y que concluya él cuál de nosotras es la más bella. La ganadora se llevará la manzana como premio.

Hera se mantenía flemática. Volvió a dirigirse a su esposo, que había torcido el gesto al ver cómo crecía el conflicto:

—Aceptaremos al juez que nos pongas, quienquiera que sea.

—Si las tres estáis de acuerdo, buscaré a quien cumpla esas condiciones. Pero sabed que tendréis que someteros a su decisión sin protestas ni disgustos, cual si fuera yo mismo el árbitro del certamen.

Las diosas asintieron, aparentemente satisfechas, pero Zeus no estaba convencido. Aquel desencuentro casual con un punto vergonzoso había sido divertido, pero podía acabar convirtiéndose en un problema de gravedad, como todo lo atinente a las potencias sempiternas. Llevándose la copa a los labios y la atención a otra parte, el señor celeste hizo saber sin palabras su voluntad de cambiar de tema. Mientras el néctar le endulzaba el paladar, vio la nube oscura que seguía suspendida a lo lejos. Había intentado preservar la armonía en aquella jornada jubilosa que le había servido para escapar de un aprieto —su disputa con Poseidón por los favores de Tetis—, pero le daba la impresión de que, de algún modo, no había conseguido eludir que asomara entre los suyos la discordia.

ꝏ

Chirriaban monótonos los grillos bajo la hojarasca, cobijados de los rayos del sol que buscaban el suelo, cada vez más ardientes, a través de las ramas. Mecidos por el murmullo del río, dos cuerpos ansiosos se engarzaban el uno con el otro, se recorrían con las manos, los labios, la lengua, sobre la hierba sembrada de hojas. A modo de cabezal de su lecho imprevisto, se alzaba el tronco de un haya en cuya corteza se leía un nombre femenino grabado con una daga: Enone.

Era él apenas un muchacho, aunque ya su apostura se había hecho célebre en los contornos del monte Ida, al sur de la Tróade. El pastor Paris se separó de la ninfa con delicadeza, aunque ella quería seguir enredada en sus brazos, incapaz de renunciar a su aroma y su sabor. Sin embargo, la mañana avanzaba y se había hecho muy tarde. La competición, donde su padre lo aguardaba, ya habría comenzado. Así lo declaraban los ojos del joven y ella bien lo sabía. Después de retirarle el cabello de la cara y besarla una última vez, el pastor se levantó, recompuso sus pobres ropas y cogió su bastón. Iba a alejarse cuando ella se alzó y lo tomó de la mano, haciendo que él la mirara. Se veía perdida en las pupilas de su amante.

—Cada vez que te alejas de mí, temo no volver a verte.

—¿Cómo podría yo cometer la necedad de dejarte, dulce Enone?

—Si algún día lo hicieras, las aguas de los ríos de este monte enloquecerían, desandarían su camino y se volverían de vuelta a sus fuentes. Ten por seguras mis palabras, pues bien sabes que conozco el arte de la profecía.

Con una sonrisa tierna, Paris se soltó de ella y se dirigió hacia el boscaje. Enone lo vio perderse en el verde mientras sus ojos se humedecían. Pero no vertió lágrima alguna, sino que en todo su cuerpo se desvaneció el color y, volviéndose translúcido, se convirtió en líquido y se desplomó al instante como un chorro a la orilla del río, hasta el cual se fue escurriendo igual que el agua del deshielo.

ꝏ

Bufaba la bestia y se revolvía al otro lado del portón, agitando todo el cercado, puesto que su dueño, un ganadero asilvestra-

do, la excitaba pinchándola con un venablo desde lo alto de la valla. Venidos de las regiones vecinas, los pastores se habían encaramado a la empalizada y vitoreaban con los brazos en alto.

—¡Paris, hijo de Agelao! —bramó el ganadero con su recia voz para hacerse oír por encima de la algarabía—. ¡Hoy será el día en que me lleve los despojos de tu toro! ¡En un gran banquete, bien asados, los serviré para los míos!

Al otro lado de la arena, detrás de la puerta del toril opuesto, la situación era muy distinta. Paris había bajado de la valla junto a su animal para acariciarle los brillantes lomos y susurrarle al oído. Respiraba en calma su toro y seguía con los ojos la voz de su amo en un gesto que hacía pensar al padre del muchacho, Agelao —refugiado tras la empalizada—, que la bestia entendía.

A la señal, se descorrieron los pasadores. Apenas oyó el roce de la madera, el toro crispado embistió el portón y lo hizo saltar con tal violencia que fue por poco que no arrancó el brazo de su dueño. Salió del toril a la carrera, babeando su espeso enojo, y miró aquí y allá desconcertado por los gritos y el movimiento de brazos. Tardó un poco en ver a su oponente, el toro de Paris, que, sereno, trotaba fuera del toril y echaba un vistazo alrededor. Cuando se descubrieron, las dos bestias bufaron, bajaron la cabeza para avanzar los cuernos, rascaron la arena con las pezuñas y, entonces, jaleadas por los pastores, cargaron la una contra la otra.

El toro de Paris corría con ligereza asombrosa a juzgar por su volumen y su gruesa cornamenta, mientras que el otro papataleaba en la arena como delirante y echaba espuma por la boca. Llegaron ambos al centro, donde el animal de Paris se agachó hasta sentir la arena en el hocico. En ese momento, al ver tan cerca su enormidad y la gran curva de sus cuernos enhiesta

adelante, el otro quiso frenar. Embistiéndolo, el de Paris le coló los pitones entre las patas delanteras y luego, poniendo en acción la potente musculatura de sus espaldas, levantó la cabeza con tal ímpetu que el otro se vio alzado del suelo y dando la vuelta hacia atrás. Desde el toril, el ganadero lo vio volver tan rápido como había salido, volando por los aires hacia él. Jamás tan amargamente se había lamentado aquel presuntuoso como lo hizo al final de aquella pugna, ni jamás volvería a hacerlo.

∞

Había perdido la noción del tiempo sumido en sus ensoñaciones a la sombra de un árbol. Paris saltaba ladera abajo por entre las piedras con su bastón y su perro para cerrar el paso a los terneros que se alejaban de la vacada en dirección al despeñadero. Logró hacerles dar la vuelta entre gritos y ladridos. Cuando hubo recuperado el aliento, se volvió hacia el valle y contempló desde aquel mirador soberbio la columna de humo que surgía de la morada de su padre, el antiguo caserío que dominaba los establos del rey Príamo de Troya, de cuyos rebaños Agelao era el mayoral. Degustó con sosiego la vastedad del paisaje.

Perdía la mirada cada vez más lejos, resiguiendo los caminos que llevaban a las ciudades cercanas —Dardania y Troya—, cuando le pareció que, descendiendo desde el noroeste, destacaban en el azul del cielo un conjunto de hilos brillantes. Un instante de fascinación dejó suspendido su ánimo al verlos, pero al poco creyó que dibujaban una estela curva que iba a caer en el monte donde él se encontraba, al que llamaban el Gárgaro, y entonces lo venció el temor. Corrió de regreso al lugar en el cual solía refugiarse del sol, donde se cobijó bajo

las ramas de una gruesa encina, como si su anchurosa copa pudiera protegerlo de que el cielo cayera sobre su cabeza.

La tierra se estremeció bajos sus pies, las hojas suspiraron en los árboles, crujió la hierba de los prados anunciando la cercanía de una comitiva a pie. Llegó hasta Paris a través de la espesura un joven imberbe y de aspecto ágil, algo más alto que un hombre. Por su majestad sobrenatural y la vara alada de oro que portaba lo reconoció el pastor: era el mensajero Hermes. Por donde había venido, lo seguía una irradiación de luz incandescente que, en su avance, despedía rayos que hacían elevarse el polvo. Dentro de aquella luminaria Paris fue capaz de vislumbrar contornos y volúmenes que definían figuras que se dirían femeninas: el centelleo metálico de un precioso cinturón ceñido alrededor de unas caderas bien torneadas; un casco empenachado de oro y plata desbordado por bucles en llamativo desbarajuste; la generosidad nutricia de un pecho de matrona de opulencia insoslayable bajo los pliegues de un peplo. Pálido quedó el troyano mientras sus brazos y sus piernas temblaban de frío pavor.

—Deja tu miedo y ven aquí. Es Zeus omnipotente, señor de las olímpicas moradas, quien me ha enviado en tu busca —dijo el heraldo de los cielos—. Puesto que eres hombre gallardo y experto en los asuntos del corazón, te ordena ser juez en un pleito en verdad peculiar. Sabrás en qué consiste cuando leas la manzana.

El dios le mostró el fruto dorado haciéndolo flotar sobre la palma de su mano. El pastor salió de su escondite todavía temeroso mientras la manzana se le acercaba suspendida en el aire. Alargando los trémulos dedos, la recogió. Brillaban siempre que eran leídas las letras que había en su piel: «Para la más bella».

Tal vez sus ojos habían sabido hacerse a la luz, como si fuera posible hacerse a la visión del sol, o tal vez el brillo había menguado su intensidad. Como fuere, al alzar la vista descubrió que podía ver a tres diosas delante de él, hollando con sus eternos pies los pastos que tan familiares le eran. No osaba fijarse en ninguna de ellas, sin embargo intentó reunir valor para hacer oír su voz:

—¿Cómo puede un simple hombre del campo ser árbitro de la belleza divina? Lo más justo sería dividir el trofeo en tres.

—No podemos ganar esta disputa las tres al mismo tiempo, así lo ordena el buen sentido y mi esposo, el soberano universal —dijo Hera—. Estamos dispuestas a someternos a tu juicio porque Zeus omnipotente te tiene por sabio y ecuánime.

Al fin se atrevió Paris a alzar la vista y observarlas, aunque no por ello creyó que debiera abandonar la prudencia:

—Si tal es el mandato del señor celeste, no puedo desobedecer. Solamente una cosa os ruego antes de resolver este insólito concurso: que no vuelquen su enojo eterno sobre mí las que resulten perdedoras, porque solo soy un ser humano, expuesto a errores y con muchos defectos.

—Así será —aseguró Afrodita, haciendo que las demás convinieran con ella.

Sin perder del todo el miedo, el troyano examinó a cada una de las diosas con gesto pudoroso. Ardían las miradas de las tres intentando cautivarlo, aunque él no dejaba de pensar, al contemplar sus cuerpos, sus rostros, sus gráciles movimientos, que todas merecían vencer y que no podía escoger a una por encima de las otras, porque en todas hallaba donaire y sensualidad que despertaban su apetito por besarlas y abrazarlas, por tenerlas para sí. Se volvió hacia el mensajero para preguntar

—¿Bastará con juzgarlas como están?

—Depende del juez. Di qué necesitas para cumplir la tarea.

Paris se dio cuenta de que le faltaba el aliento, espantado él mismo de lo que se disponía a pedir:

—¿Tendrían la bondad de mostrarse sin adornos, como las vio el mundo por primera vez, para que me sea posible ponderar su belleza al natural?

Hera y Atenea, una madura y la otra joven, cruzaron miradas incómodas, pero ya Afrodita respondía con una afirmación, dispuesta a desnudarse antes que las otras.

—Yo empezaré, para que veas que soy hermosa por igual en todas las partes de mi cuerpo.

—Que no se desnude ella la primera antes de quitarse el cinturón —interrumpió Atenea—, porque le da una ventaja injusta.

Afrodita se volvió hacia ella sin esconder su animosidad.

—Está bien, pero quítate tú el yelmo, con el que naciste, no sea que ganes la decisión del juez porque no pueda verte bien la cara.

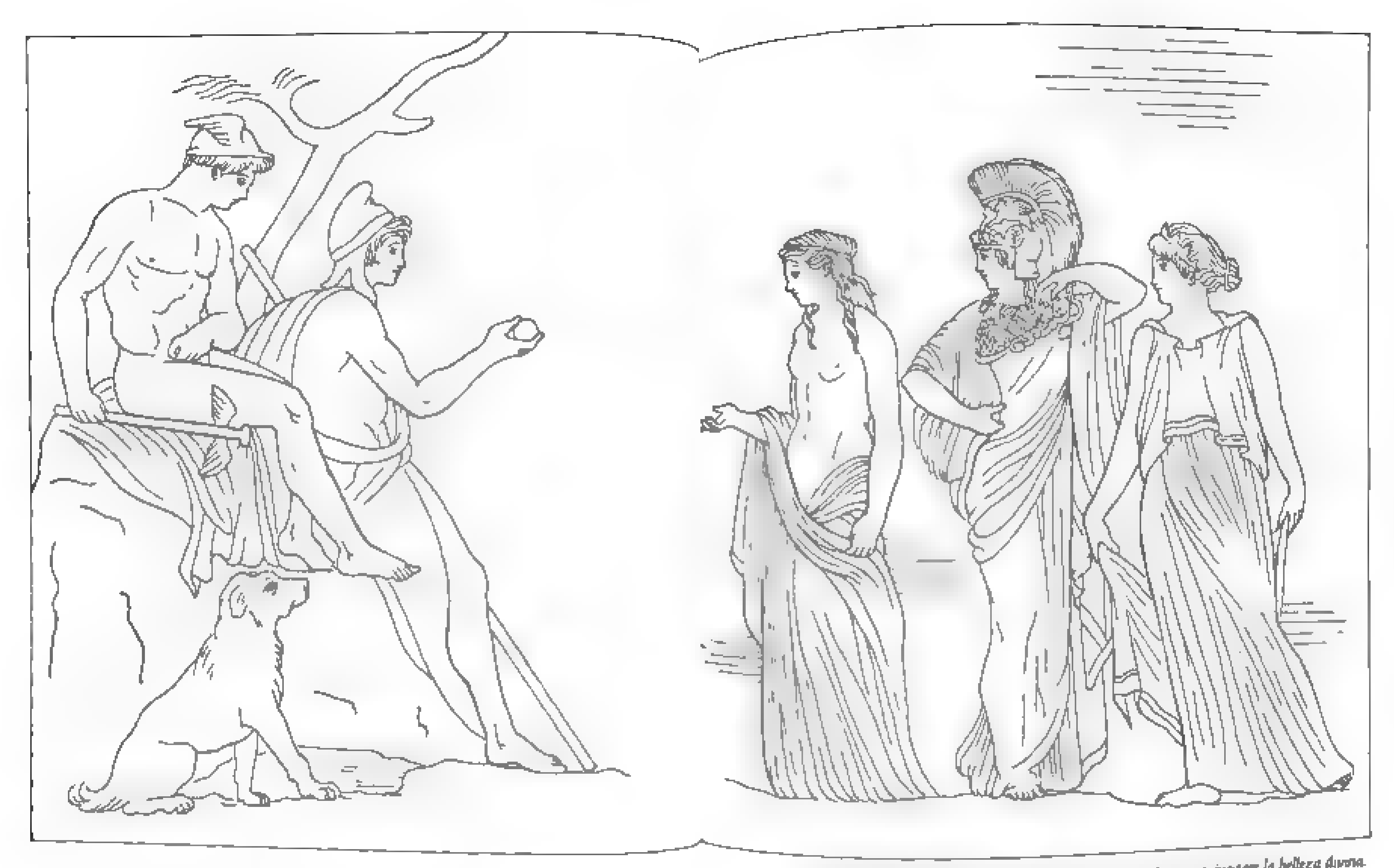
Quiso mediar Hermes para calmar la discusión, para lo cual propuso dejar que Paris las juzgara una por una, y que las otras aguardaran en un lugar aparte. Hera sería la primera en atención a su dignidad de soberana y Afrodita la última, puesto que era la que mejor sabía satisfacer los caprichos del deseo. Así fue como las diosas dejaron a Paris en la encina con Hera.

—Examíname concienzudamente —dijo la reina celeste mientras dejaba caer el peplo sobre la hierba y se daba la vuelta con lentitud. El juez contempló su figura dadivosa, ancha de caderas, de pecho muy colmado, el vientre de matrona, henchida de vida en forma de carne lujuriante. Al

completar el giro, la viva mirada de la diosa, enmarcada por su cabello de un negro furibundo, que se había desprendido, parecía que absorbía a Paris con su vehemencia de gran señora—. La opulencia que presencias es mi potestad. Si me declaras la más bella, te haré señor de grandes reinos, con todo el oriente del mundo bajo tu mando. Serás el hombre más rico que habite sobre la Tierra.

Tal promesa rompió el embeleso con que Paris la admiraba. Aunque le atraía la prodigalidad de su cuerpo, ese intento de sobornarlo con algo tan ajeno a su naturaleza galante le produjo un sentimiento de rechazo. Agradeció el magnánimo obsequio y la despidió con elegancia. Ante su vista, Hera se agachó a recoger sus ropas.

Habiéndose retirado la esposa olímpica, se colocó Atenea delante de la encina, a cuya sombra aguardaba Paris sentado sobre una gruesa raíz que sobresalía. El alto penacho del yelmo tembló cuando la diosa lo bajó hasta el suelo, donde fueron quedando los brazaletes y las grebas doradas, las cintas de cuero con que ceñía sus armas y sus arreos de batalla. Colgó sus ropas de una rama y, ya desnuda, mostró su atlética figura de doncella de anchas espaldas, brazos y piernas membrudas, curvas labradas por el ejercicio físico, el vientre liso y unos pechos jóvenes, redondos, firmes. Salvaje se le derramaba el cabello sobre los hombros en amplias ondulaciones que el sol hacía relumbrar. Apartándoselo de la cara, Atenea atravesó a su juez con la mirada inclinando levemente el rostro, semejante a una tigresa que observara a su víctima con extraña ternura antes de saltar sobre ella. Paris sintió que se zambullía en sus ojos glaucos, un mar de aguas cálidas que lo envolvía para acariciar la totalidad de su cuerpo.



El dios de los cielos ordenó que Paris, un hombre de campo, juzgara la belleza divina.

—Aquí me tienes, pastor, desarmada para ti. Sé que no eres inmune al placer de la victoria. Además de Paris, te llaman también Alejandro, «protector de los hombres», porque no hay ladrones de ganado que se atrevan con los rebaños del Ida. Todos saben que persigues a los malhechores, los doblegas con tu animoso brazo y fácilmente recuperas las reses robadas. Si dictaminas que yo soy la más bella, nunca saldrás derrotado de batalla alguna, sino siempre triunfador. Haré de ti un campeón y el hombre más sabio del mundo.

Mucho tentaba a Paris la lozanía de la diosa, cuyo calor sentía tan cercano y excitaba su deseo, aunque de nuevo le parecía extraño el regalo con que pretendía sobornarlo. Si bien era cierto que no le temblaba el pulso a la hora de defender lo propio, no era amigo de la guerra, sino que prefería mantenerse al margen de ella. La paz presidía su montaña y, por fortuna, los dominios del rey Príamo y sus aliados.

—Prometo considerar con imparcialidad tu aspiración a la manzana —dijo el joven llanamente.

No sin cierto arrobamiento, recogió Atenea el yelmo y se echó las ropas sobre el cuerpo para sustraerse a los ojos de aquel hombre, que de súbito le disgustaban.

Como se había pactado, fue Afrodita la última en presentarse. Se acercó la diosa a la encina caminando sobre la hierba sin prisa alguna. No bien se hubo detenido ante el juez, en lugar de desnudarse por sus propias manos, abrió los brazos para que los pajarillos de muchos colores que revoloteaban en torno a ella tomaran con los picos sus ropas, sus alhajas y las cintas con que se sujetaba el cabello. De ese modo fue mostrándose, primero a través de transparencias y entrevistos, y finalmente, en su esplendor, completamente desnuda, con los

brazos abiertos. Enamorada de ella, la brisa quiso acariciarla al pasar y desparramó su áurea melena —larguísima y abundante— como una estrella que estallara.

Paris contempló extático cada uno de sus miembros, sin poder evitar recrearse. Mientras la diosa se llevaba las manos a la cabellera para mantener su rostro despejado, inclinó la cadera a un lado buscando comodidad, de manera que sus piernas parecieron aún más largas, inacabables, mareantes, pilares de una torre de marfil. Curvas sinuosas daban forma a su figura, volúmenes palpitantes, prodigiosamente compactos a pesar de su exuberancia, destacaban en sus caderas, en sus pechos, en su rostro de pómulos pronunciados, graciosa barbilla y nariz respingada, su piel pálida se sonrosaba en la aureola de sus senos, alrededor del vello de su pubis y en las mejillas, en medio de las cuales brillaban unos labios rojos y húmedos, entreabiertos. Bajo el arco de sus cejas, apuntadas en los extremos, ardían unos ojos de avellana y, al entornarlos para mirar a Paris, hizo que rabiara su fuego. Parecía una muchacha, pero su mirada contenía la astucia de quien conoce todos los secretos. El mortal no era capaz de pensar, de considerarla en calma. Abrasado por esos ojos, perdía el mundo de vista: los latidos de su corazón lo ensordecían, notaba el aire entrando en sus pulmones, la sangre corriendo por sus venas, el crecimiento de sus cabellos, todo lo percibía embravecido por la belleza sublime que había tomado el control de su ser.

La voz suave de la diosa resonó en el interior de su cabeza:

—Paris de la montaña, eres joven y apuesto, el más hermoso conquistador de corazones que se haya visto. ¿Por qué desaprovechas tu vida en la soledad de rocas y peñascos? ¿Por qué echas a perder tu belleza entre gente rústica? ¿Por qué no

vas a una ciudad y llevas una vida civilizada? Deberías haberte casado ya, pero no con una ninfa silvestre ni con una campesina, sino con una hembra comparable a mí, igual de ardiente y digna de tu galanura, la mujer más bella del mundo. ¿Has oído hablar de Helena de Esparta, la de tez blanca? ¿Has oído la leyenda de su beldad, de sus cabellos de oro rojo, de sus ojos esmeralda? ¿Has oído que, por poseerla, ya en su niñez los hombres fueron a la guerra? Todos los príncipes de la Hélade son sus pretendientes y rivalizan por conseguirla como esposa. Pero yo podría darte su amor a ti, solo a ti. En mi mano está el conseguir lo que de verdad deseas: el amor, la belleza. Todo te lo daré al único precio de esta manzana.

Al escuchar estas palabras, Paris se convenció de que su corazón palpitaba por la tal Helena. Se imaginaba navegando rumbo a Esparta, llegando a sus tierras, llevándosela consigo de vuelta a casa. La veía en sus brazos, confundiéndola con la diosa que tenía delante. Sentía dolor en el pecho porque todavía estaba en los montes y no había salido corriendo a buscarla. La amaba aunque no la había visto jamás, porque se había enamorado del amor. Sin poder apartar la vista de Afrodita, adelantó la mano en la que guardaba la manzana y luego abrió la palma, sobre la cual fulguró de nuevo el oro y la inscripción que lo grababa.

—Tuya es.

Un estallido de luz que tuvo lugar más allá de la arboleda estremeció la montaña. La perturbación tumbó al pastor de su asiento e hizo rodar la manzana sobre la hierba. En la dirección de la explosión, dos líneas blancas se elevaron en el cielo con un trazo rabioso, cada una con rumbo distinto. Paris las avistó con desazón mientras oía a su lado las risas cristalinas de Afrodita, la vencedora.

2

Hijos malditos

Como un brillo de sol se veía la mansión del rey Tindáreo en lo alto de la ciudadela de Esparta por los enormes muros de piedra clara que rodeaban todo el recinto y las puertas de bronce pulimentado que lo defendían, custodiadas por un cuerpo de adustos guardias. Un gran bullicio recorría el palacio: las voces resonaban por los amplios atrios, saturaban los pasillos los aromas de la grasa y del vino. Docenas de ovejas y marranos, y muchos hermosos bueyes, había mandado matar el monarca para sus invitados y adobar con ellos un rico banquete.

En el gran salón —el mégaron— no dejaban de entrar visitantes por el alegre umbral, en grupos, y se les mandaba acomodarse aquí y allá. En torno al alargado hogar, príncipes y nobles de fuertes brazos, los mejores de toda la Hélade, comían y bebían sin faltarles de nada en sitiales cubiertos con telas de fina labor. Cincuenta sirvientes cuidaban de ir

poniendo manjares en bandejas y otras tantas sirvientas colmaban las copas de vino. A las ricas viandas tendían los invitados sus manos, saciando su sed y apetito al tiempo que gozaban de la conversación, de las chanzas y los desafíos, de las competiciones de fuerza por doblegar el brazo del otro entre tan animosos guerreros como allí se habían congregado.

Recio y alto, con los anchos hombros sobresaliendo entre los demás, avanzó hacia el trono el príncipe de Salamina, Áyax, hijo de Telamón, inconfundible por su envergadura. Ante nadie se rendía jamás ni aceptaba inclinarse ante mortal alguno. Por eso el asombro recorrió el salón cuando se arrodilló delante del rey Tindáreo para ofrecerle como presente una espada con el pomo y la vaina incrustados de piedras preciosas. A pesar de alabar el regalo, el monarca declinó aceptarlo, como había venido haciendo hasta el momento, porque aún no había tomado una decisión y, aunque no despedía a ningún pretendiente, tampoco podía quedarse con sus obsequios.

Recostado en su asiento, el joven príncipe de Ítaca, Ulises, que era conocido por su ingenio, advirtió que el entusiasmo del rey ante la espada de Áyax había corrido en dirección opuesta a la indiferencia de su esposa Leda, sentada junto a él.

—Qué buen regalo para una doncella casadera —dijo a Diomedes de Argos, guerrero tan bravo como indomable, que se hallaba a su lado—. La bella Helena tendría con qué partir las nueces.

Diomedes, el argivo, rio mientras el itacense bebía. Eran amigos recientes, pero pronto habían aprendido a admirar, respectivamente, la astucia de uno y la bizarría del otro.

—¿Qué has traído tú que sea mejor? Has venido con las manos vacías a abusar de la hospitalidad de un buen padre.

—¿Quién faltaría a esta reunión para saber si es verdad lo que se dice de la doncella? —replicó Ulises. Luego, discretamente, indicó con la cabeza a Cástor y Pólux, que compartían la belleza de su hermana y se los veía parejos en todo. Valerosos e inseparables, habían recorrido buena parte del mundo y habían realizado grandes gestas. Se carcajeaban a voz en grito en un extremo de la sala, sentados con el rey Menesteo y todos los de Atenas—. Sé de buena fuente que es deseo de los hermanos que el marido de Helena sea el soberano de Atenas, con quien tienen fuertes lazos, puesto que les deben el trono. —Diomedes observó al monarca ateniense con malevolencia. Ulises se divirtió con ello—. Pero reserva tu inquina, indómito amigo, porque no será ese el elegido. Mira, ahí está el novio. —Dio la vuelta en su asiento para hacer notar lo que pasaba en otro lado: acababa de entrar el caudillo Menelao con un séquito de guerreros altivos. Por lo robusto, recordaba a su hermano mayor, el rey Agamenón de Micenas, aunque era más menudo, no tan feroz en gesto y maneras, y con el cabello claro. Era Agamenón el más rico y poderoso de los reyes helenos y había desposado ya a la primera hija de Tindáreo, Clitemnestra. Guiados por los sirvientes, los micénicos se sentaron en los bancos dispuestos para ellos. No pasaron desapercibidos al señor del palacio, a quien saludó Menelao con un movimiento leve de cabeza. Observando todo esto, Ulises sentenció—: A una pelea de leones se va solo a mirar.

Bebieron el itacense y el argivo a la vez que perdían la mirada en la algarabía y se extraviaban en pensamientos: Diomedes, taciturno, y el otro, dando vueltas a una argucia para sacar algo de allá donde no había nada.

En el trono, Tindáreo se alzó para recibir un nuevo regalo, el del otro Ayax, hijo de Oileo de Lócrida, más pequeño e iracundo. Al levantarse, el rey recorrió el abarrotado salón una vez más con la mirada. Ningún hombre común había acudido a pedir la mano de Helena. Veía a sus pies, prodigándole afecto, a no pocos argonautas, los que habían acompañado a Jasón en busca del vellocino de oro, que le parecían demasiado maduros para su hija. Más apropiados juzgaba a los sucesores de aquellos siete argivos que cayeron ante las murallas de Tebas, que habían vuelto para vengar a sus padres y por ello los llamaban los epígonos, entre ellos Diomedes, hijo de Tideo. Ahora bien, cuando más se admiraba el monarca espartano era al constatar que los soberanos más ilustres habían enviado la flor de sus casas. Veía a Antíloco, hijo de Néstor de Pilos, cuya sabiduría respetaba toda la Hélade, a Eumelo, hijo de Admeto de Feras, cuyos rebaños había guardado Apolo, a Idomeneo, hijo de Deucalión, hijo de Minos, del preclaro linaje de Creta…

No cesaban de llegar próceres de todos los reinos como pretendientes. ¿Por qué sentía entonces aquel peso sobre la espalda que no se veía capaz de seguir soportando? Mantenía la sonrisa, a todos correspondía con justos encomios, y entretanto la ansiedad lo debilitaba. Tomando el regalo de Ayax Oileo —un collar de oro finamente labrado, dentro de un precioso cofre—, lo inclinó ante su esposa para que lo viera. Hierática, lo miró Leda brevemente para luego alzar los ojos en busca de los de su marido. Se encontraron solo un instante, en el cual se hablaron sin palabras de su angustia de padres.

Muchos años atrás, Tindáreo había cometido un error estúpido. A la vuelta de una campaña quiso agradecer la victo-

ria a los moradores eternos de las olímpicas mansiones y durante siete días se ocupó en oficiarles sacrificios. Ahora bien, tuvo el desliz de olvidarse de Afrodita, la de gentiles dones. Aquella misma noche la diosa invadió su tálamo conyugal y, envolviendo al rey y a su esposa en el mismo sueño, les dio a conocer su cólera. Creía ella que, como Tindáreo era un padre joven con hijos pequeños, había querido mantenerlos al margen de ella. Se sentía escarnecida, pues también era madre y sabía amar de muchos modos.

—Ya que tanto te espanta que tus hijas conozcan el deseo y los placeres de la carne, las haré mujeres de dos y hasta tres bodas, bígamas y trígamas serán, abandonadoras de maridos. Por adúlteras e inicuas las conocerá el mundo.

Tindáreo y Leda se despertaron temblando de terror. Corriendo al dormitorio de sus retoños, los hallaron durmiendo plácidamente con las nodrizas. Derramaron lágrimas dolorosas, abrazados el uno al otro, ante la inocencia de aquellos rostros.

—Esposo mío —dijo la reina con suavidad, acariciándole la mano.

Todavía sujetaba el rey la caja con el collar frente a ella, mientras que el pretendiente aguardaba sus palabras, consumido por la impaciencia, pues, al ver que el monarca se abismaba en consideraciones profundas, había pensado que quizá tenía posibilidades de ser el elegido. Regresando la mente de modo abrupto al banquete, Tindáreo devolvió el obsequio sin ser capaz de esbozar la más leve sonrisa. Leda lo seguía atenta, compartiendo la turbación de su rostro. El rey pidió que le trajeran una copa maciza de pedrería, la misma de la que habían solido beber todos sus regios antecesores, y

la llenó de vino hasta los bordes. La sala se hizo toda silencio al ver que ofrecía el vino a las alturas.

—Zeus omnipotente, tú que dictas las leyes al que da hospitalidad, haz que sea este un día feliz para todos quienes aquí nos encontramos y que nuestros descendientes guarden grata memoria de él.

Tal diciendo, vertió en el suelo su libación de vino y él bebió a continuación. Los prohombres del salón al unísono se alzaron a imitarlo. Mientras lo hacían, los repasaba él con el ceño fruncido, incapaz ya de esconder su inquietud. ¿a quién le regalaría la alegría de su corazón? ¿Quién la resguardaría de todo daño? ¿Quien sabría conservarla a su lado? ¿Quién sabría perdonarla si tal cosa era precisa?

Fueron acabando todos los pretendientes sus libaciones y quedaron atentos al proceder del rey en un silencio ansioso, porque, viendo la solemnidad que este había adoptado, tenían la esperanza de que pronto siguiera el anuncio que esperaban. Leda oía la respiración de su esposo, al que parecía que no le llegaba el aire. Veía el temblor en sus manos. Sufría por él. Al verse atravesado por decenas de ojos atosigantes de tan fieros luchadores, Tindáreo tenía la impresión de que lo ensartaban con flechas y venablos. Los ánimos mas bravíos, más indómitos, se reunían en aquella sala, mientras los destacamentos que los acompañaban acampaban a las afueras de la ciudad como un pequeño ejército. ¿Como escoger solo uno de ellos sin enemistarse con los demás, sin despertar recelos, sin provocar disputas? El día en que olvidó honrar el amor condenó a sus hijas, pero ahora corría el peligro de condenar a la Hélade entera. Hondamente suspiró el monarca.

—Escuchad, caudillos principales, y sabed lo que el alma en el pecho me impulsa a deciros: no hay para mí nada más grato y honroso que acogeros en mi casa; ahora bien, es muy ardua la decisión que debo tomar, pues temo que destruya la fraternidad que reina ahora entre nosotros y que ya no celebremos jubilosos encuentros de buen grado, sino que suenen las armas. Pronto anunciaré quién es el elegido, pero concededme mas tiempo, nada más os pido, pues no solo soy rey, sino que también soy padre y a quien escoja entre vosotros será mi yerno, y a él he de entregar la luz de mis días.

Así habló y todos vieron que el viejo rey se estremecía. Se volvió Diomedes hacia Ulises con voluntad de conocer su pensamiento sobre aquello y encontró que los ojos de su amigo centelleaban en un rostro lleno de luz. Fue el de Ítaca el primero en alzar la voz para responder:

—Yo te saludo, prudente Tindareo. Tal decisión no puede tomarse a la ligera.

Rápidamente Menelao levantó la copa y se hizo oír para acordar lo mismo. Pronto un murmullo de consenso recorrió el salón y por todas partes se vieron copas y manos alzadas, pasos adelante, golpes en los pechos, todo lo cual el rey de Esparta, abriendo los brazos, recibía con expresión de gratitud.

⁂

Durante toda la mañana estuvo observando Paris desde la lejanía los movimientos que causaban en casa de su padre los preparativos de las celebraciones que se hacían en la capital, cuando el despensero del rey Príamo acudía a la hacienda en busca de abastos: la polvareda que descendía por el camino

de Troya, el destacamento que se apostaba a la entrada, los hombres que entraban y salían afanándose en la carga de los carros. . A mediodía los trabajos pararon y algo más tarde la comitiva se preparó para partir. El pastor vio entonces que se llevaban la jaula de los toros tirada por bueyes y que una enorme forma negra se removía en su interior. Sintiendo una súbita desazón, corrió ladera abajo, con su perro ladrando detrás de él, nervioso al ver que su amo abandonaba las reses.

Mientras daba órdenes a los esclavos para que reorganizaran los almacenes, Agelao lo oyó llegar a la entrada jadeando. Al ver a su hijo bañado en sudor, con los pies plagados de heridas, comprendió que no tenía que decir nada. Le puso la mano en el hombro. Paris, pálido, abrió los brazos en un gesto de indefensión:

—¿Será para un sacrificio?

—Será el trofeo final para el vencedor de los juegos fúnebres. Habrá carreras, pugilato, lanzamientos de jabalina y de disco. Quien venza en las más de las pruebas se llevará el mejor toro de la Tróade.

Paris frunció el ceño. Cada año Príamo celebraba juegos deportivos en honor del que fuera su segundo hijo con la reina Hécuba, que murió recién nacido. Era célebre el buen rey por su numerosa progenie, que superaba la sesentena de vástagos entre varones y mujeres, pero, como hombre apasionado y devoto de los suyos, no olvidaba nunca a los que había perdido. Vio Agelao que los labios de Paris callaban lo que pensaba. El joven tiró el bastón y el morral, y se apresuró a las caballerizas, con su padre siguiéndole los pasos. Alarmado, vio el mayoral que sacaba dos caballos y los enganchaba a un carro.

—No nos pertenece, bien lo sabes. Ya tienes tus corridas particulares. ¿Qué más quieres?

—Voy a ganar ese toro. Entonces será nuestro.

El joven saltó al carro sin mayores arreglos y sacudió las riendas. Agelao quedó pasmado y solo acertó a verlo salir y alejarse por el camino pedregoso que acababa en las puertas de Troya. Al perderlo de vista, sintió una opresión en la garganta. Nada sabía Paris de la ciudad, donde nunca había puesto los pies, ni de los graves asuntos hacia los que se dirigía. Precipitándose adentro de la casa, mandó que lo ayudaran a preparar un viaje que quizá fuera largo: no abandonaría al muchacho ahora, como no lo había abandonado jamás.

⬩◊⬩

A lo largo del extenso llano herboso en medio de la alameda se reunían en festivos grupos muchos troyanos y gente de pueblos vecinos, deseosos de atender a las competiciones y algunos también dispuestos a tomar parte en ellas. Avisó la trompeta con su son para que los aurigas adelantasen sus carros hasta la salida. Allí se alinearon ellos, guiando a sus caballos. Paris insistía con la mirada en el otro extremo del prado, donde una columna de mármol indicaba el lugar donde tenía que dar la vuelta, mientras repasaba las instrucciones de su padre e intentaba alejar de su mente, para que no mellara su ánimo, que otra vez se disponía a medirse con grandes de Troya.

Copioso sudor le empapaba el cuerpo bajo el fatigoso sol. Al frotarse la frente para limpiarlo, no pudo evitar echar un vistazo al carro que aguardaba a su lado, bien labrado de oro y estaño, cuyo conductor era Deífobo, el hijo del rey al que todos tenían por más valeroso después del mismísimo Héctor, el

primogénito y comandante de las fuerzas troyanas. Agitando las correas y gritando fieramente, Deífobo hizo que sus excelentes yeguas alzaran las patas delanteras y golpearan el suelo con fuerte ímpetu, levantando briznas de hierba. Luego se volvió hacia él y lo observó con mirada hosca.

El pastor había ganado la primera prueba, la carrera a pie, para asombro de todos. Como nadie sabía quién era ni de dónde venía, no habían parado mientes en él cuando acudió a la llamada de la competición. Después, apenas sonó el cuerno y salieron al llano los corredores, todos a un tiempo, el ágil Paris, acostumbrado a saltar entre pedruscos, tomó la delantera y se destacó más raudo que el viento. Oía detrás pisadas y resuellos, y él forzaba aún más el paso, radiante, para alejarlos. Cuando ya cumplía el tramo final de la carrera, vieron los troyanos situados en la meta que había a su espalda un largo trecho hasta el siguiente corredor. Aunque lo desconocían, saludaron con vítores su esfuerzo y su ligereza cuando cruzó el primero.

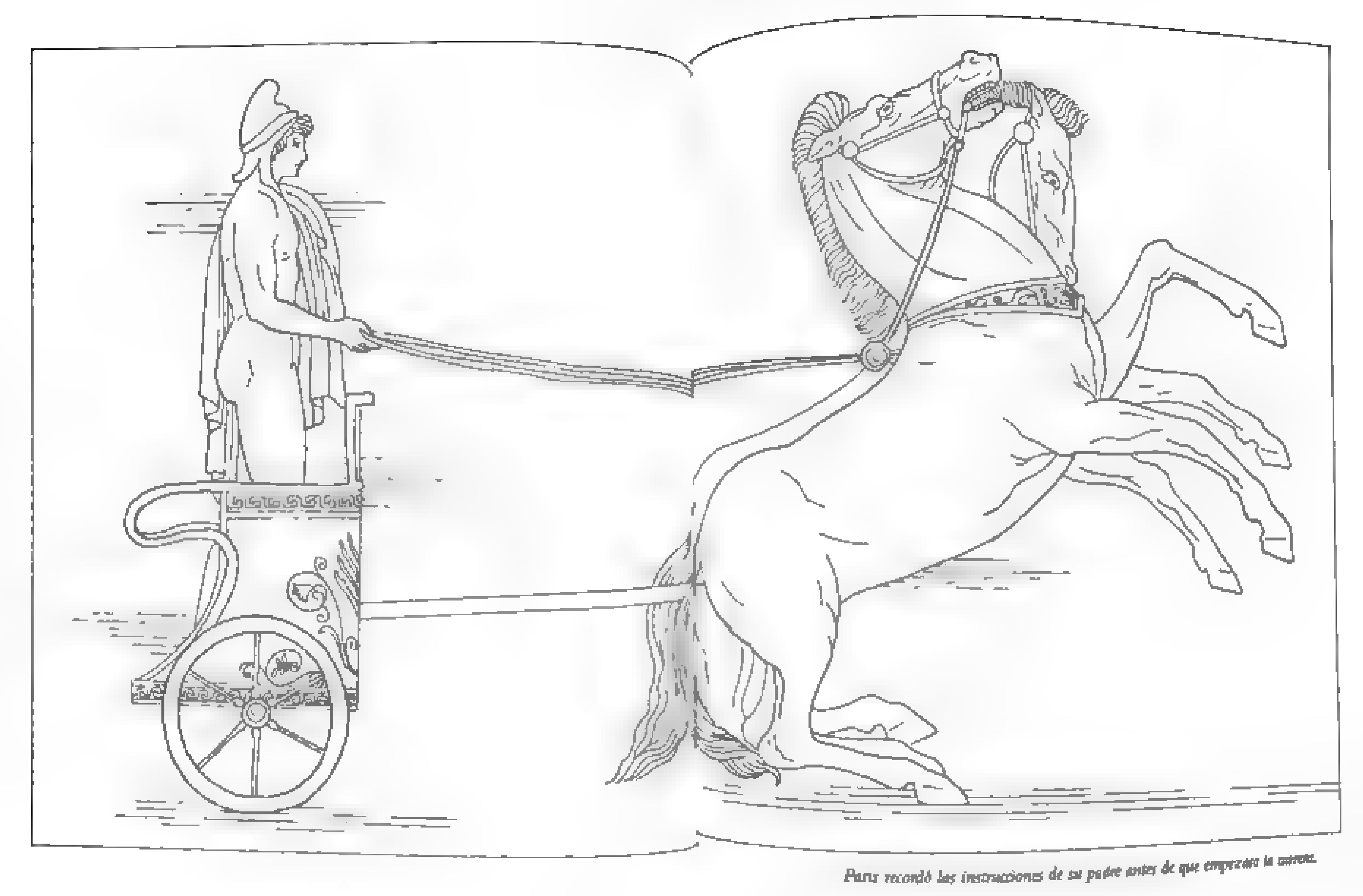
Queriendo conjurar las bravatas de Deífobo en la línea de salida de la carrera de carros, Paris se inclinó adelante para acariciar los lomos de sus caballos y susurrarles delicadas palabras. Muchas veces en aquel terreno —le había dicho su padre—, los aurigas tomaban giros muy cerrados con descuido, confiados en sus veloces animales, y a menudo no lograban dominarlos.

—Sin embargo —había añadido Agelao—, es con maña que el piloto endereza la nave batida por los vientos en el mar vinoso. Olvida la columna de mármol a la hora de dar la vuelta, porque allí se reúnen todos y se cierran el paso: tú mira otra señal que no está dentro de la vía, sino por la

parte de fuera. Es un tronco muy viejo al que parece que no pudren las lluvias, rodeado de guijarros blancos. Arrímate a él casi hasta tocarlo y solo después empieza a girar, mientras todos se acumulan adentro. Así lo he visto hacer a conductores muy notables, pero no parece que los jóvenes que compiten hoy lo recuerden, pues ninguno lo ha intentado cuando daban vueltas para conocer el terreno.

Así lo había instruido su padre y tenía él intención de obedecer. Atentos todos los aurigas, al sonar la señal, golpearon los caballos con las fustas y asaltaron con sus carros veloces el campo en torbellino furioso. Erguidos en sus cajas, jaleaban con voces exaltadas y sus melenas ondeaban al viento, el corazón palpitante por el afán de victoria. A veces los carros golpeaban la tierra y otras se suspendían por los aires, volando a través de la llanura tremolante en medio de una polvareda.

Todos guiaban sus corceles hacia el hito que marcaba la curva, salvo Paris, que se dirigía hacia el linde de la alameda. Ya veía el tronco seco y las piedras blancas cuando advirtió que Deífobo lo seguía muy de cerca, tanto que le llovía en el cuerpo la tierra que él levantaba. Comprendió enseguida que pretendía la misma astucia y que intentaría colarse por fuera para apartarlo del tronco. Entonces aflojó las riendas de un caballo y tiró de las del otro, y luego él mismo se inclinó en la caja del carro hacia el exterior, de modo que se fue arrimando más al linde. Cuando el otro vio que se angostaba el espacio por el cual podría pasarlo, pensó en superarlo con sus yeguas, que eran más veloces que los mediocres caballos del pastor. Azuzando a los animales con violencia, aceleró hasta que el carro voló tan ligero que sus ruedas no dejaban huellas. Pero Paris fue acercándose al límite más y más, y llegó



Paris recordó las instrucciones de su padre antes de que empezara la carrera.

a rozarlo con la rueda. En ese momento vio Deífobo que, en lugar de pasarlo, iba a embestirlo y destrozarlos a los dos. Desviándose a un lado para evitarlo, se salió del camino y las piedras rompieron el yugo del carro. Sus yeguas siguieron corriendo separadas y él salió despedido de la caja por encima de la rueda y dio vueltas por el suelo. Quedó tendido y lleno de heridas, desde donde observó que el pastor completaba la curva sobrepasando el pelotón de carros por fuera y después emprendía el regreso a la meta con todos rezagados. Rabiosas lágrimas llenaron los ojos del príncipe.

ooo

A la fresca sombra que daban los álamos con su elegante altura había dispuesto Agelao un toldo sujeto entre los troncos y el carromato con el que había viajado desde el Ida. En un cercado improvisado guardaba los animales y los premios de Paris en cada una de las competiciones: un trípode de veintidós medidas y una copa de doble asa por la carrera a pie y una yegua de seis años preñada de una cría por la carrera de carros. Tras haber limpiado y cepillado los caballos, llevó un ungüento a su hijo para que se curase con él las llagas que las riendas le habían causado en las manos.

Cuando entró bajo el toldo, encontró que Paris ya no descansaba, sino que se ceñía correas de buey alrededor de los puños, preparándose para el pugilato. Se quedó helado al ver la disposición pendenciera de su hijo, pues era costumbre en Troya que, al terminar las carreras, las siguientes pruebas se realizasen delante del trono.

—Escúchame bien, hijo mío, porque parece que la mocedad ha vencido a tu juicio: has ganado buenos premios, has superado a quienes todos tenían por mejores... Calma tu corazón, te lo ruego. ¿Permitirán los príncipes de Troya que los humilles en presencia de su padre? No hay manera de salir airoso de este trance.

Paris estiró con fuerza las correas para apretarlas bien:

—Ningún troyano puede reprenderme, pues he vencido como exigen las reglas. A cada uno dan los dioses en pago lo que merece.

Sonó de nuevo la trompeta y luego la voz que llamaba a los participantes. El muchacho se alzó presto a acudir, pero su padre lo sujetó del brazo. Sabía que no podía detenerlo, pero tampoco podía dejar de intentarlo. Con dulzura, su hijo lo miró y él, fatigado, aflojó su presa.

Al sur del llano herboso se alzaba el altar de Zeus, al lado del cual, encima de un estrado, el rey Príamo y su esposa Hécuba atendían a los juegos, sentados cada uno en su trono bajo un ondulante dosel, magníficos en su edad madura sublimada por las ostentosas ropas de las tierras orientales. A la cabeza de la escolta, el primogénito de la casa real, Héctor, se veía deslumbrante en su armadura tachonada de plata y su casco de alto penacho, mientras vigilaba la muchedumbre que rodeaba la arena donde tendría lugar la siguiente competición. Allí abajo, en el centro del redondel, tronaba una voz furibunda:

—¡Que se acerque el que va a caer bajo mis puños! De punta a punta le machacaré los huesos. Que no se vayan muy lejos los parientes que lo asisten, porque habrán de venir a recoger lo que de él quede.

Paris oía aquellas fanfarronadas a medida que avanzaba entre el gentío, que reía divertido, y por encima de las cabe-

zas veía los brazos del engreído que las profería azotando el aire. Un murmullo de asombro recorrió el tumulto cuando salió el pastor a la arena con los puños enfundados en cuero. Al fin Paris se halló cara a cara con el guerrero desafiante y vio que se trataba del príncipe Deífobo. Torvamente lo miró el hijo de Príamo sin evitar pensar que el destino le ofrecía el desquite. Por causa de la caída tenía rasguñados los codos, la boca y la nariz, y mostraba un desgarro en la frente. Retirándose la ropa que lo cubría, desnudó sus formidas espaldas y sus abultados brazos, los broncíneos músculos brillándole al sol. Fue Paris a su encuentro sin dejarse amedrentar.

La concurrencia observó en silencio cómo comparecían el uno frente al otro, cómo apretaban y aflojaban las manos, cómo crujían sus nudillos. Mirándose fijamente, alzaron sus robustas manos. Tuvo lugar un instante de espera, después del cual se acometieron a la vez. Sus poderosos puños se disparaban en busca de la cara y del abdomen, ahora el derecho, ahora el izquierdo. Terrible se hizo el chasquido de sus mandíbulas, la sangre oscura que salpicaba a cada impacto.

Paris, más valiente que diestro, encajaba golpe tras golpe con prestancia, mientras que el otro, mas versado, esquivaba con agilidad sus ataques echando atrás la cabeza, hurtando presto su torso. Como si asaltase un fortín inexpugnable, el pastor intentaba acceder por un lado, luego por el otro, y a menudo se veía rechazado. Sin embargo, de ese modo se dio cuenta de que Deífobo tenía que mover un cuerpo más musculoso, más pesado, y que poco a poco su empuje iba aflojando. Como él era más rápido de pies, halló que podía ahorrarse daños rodeando al otro de continuo y haciéndose perseguir.

Iba bañándose el príncipe de sudor y su respiración se tornaba agitada. Pronto Paris fue capaz de anticipar sus movimientos y de alcanzarlo con sus golpes, porque iba más lento. Apenas le tocó la cara, las heridas del otro se abrieron. Deífobo resoplaba con la nariz hinchada, velada la visión por la sangre que le caía de la frente. Uno tras otro fue acumulando Paris los puñetazos: en las sienes, en la quijada, en la caja del pecho, que retumbaba potente. Fue acorralando Paris al príncipe contra la escalinata del trono, desde el cual observaba el rey inconmovible —esclavo de su deber—, a pesar del sufrimiento que sentía con cada mazazo que recibía su hijo, mientras que Héctor apretaba el pomo de la espada luchando por contenerse. Cuando a Deífobo le fallaron las rodillas, Paris se detuvo creyendo que se desplomaba. Sin embargo, el otro se irguió y adelantó la diestra con pujanza impensada. Paris presintió el puño que venía desde abajo, pero no pudo sustraerse a él. Alcanzado en el mentón, saltó hacia atrás y cayó pesadamente.

Enardecidos chillaron los troyanos cuando se dieron cuenta de que su príncipe no estaba vencido. Agelao salió ahogado de entre el tumulto para ir a recoger el cuerpo de su hijo. Pero tuvo que detenerse. La multitud enmudeció al ver que el pastor se incorporaba, escupía la sangre que le anegaba la boca, se ponía en pie tambaleante y volvía a alzar los puños. Deífobo lo miraba encorvado por el agotamiento y el dolor, en medio de un jadeo penoso. Llovían de su rostro goterones cruentos que manchaban la arena. La conciencia de ser observado enardeció su enojo. En lugar de volver a la pelea, se fue hacia un soldado de la guardia y le arrebató la espada. Solo entonces Príamo se alzó en el trono, disgustado.

Con el filo centelleante en alto, corrió Deífobo en busca de Paris, pero este, huyendo de él, voló raudo en dirección al altar de Zeus, cuyas escaleras remontó al instante. Arrodillándose delante del ara, pidió protección al soberano celeste, señor omnipotente del todo el universo. Héctor salió presuroso para interceptar a su hermano:

—Apresémosle y démosle una lección —le dijo en cuanto lo alcanzó—, pero tú depón tu ira, no sea que cubras de vergüenza tu valía con un acto deshonroso.

—¡No quieras frenarme el brazo ante este simple que solo nos busca el oprobio! —respondió el otro, con el ánimo ciego.

En tal discusión se encaminaban ambos hacia Paris con intenciones poco claras, cuando se oyó un clamor a los pies del trono:

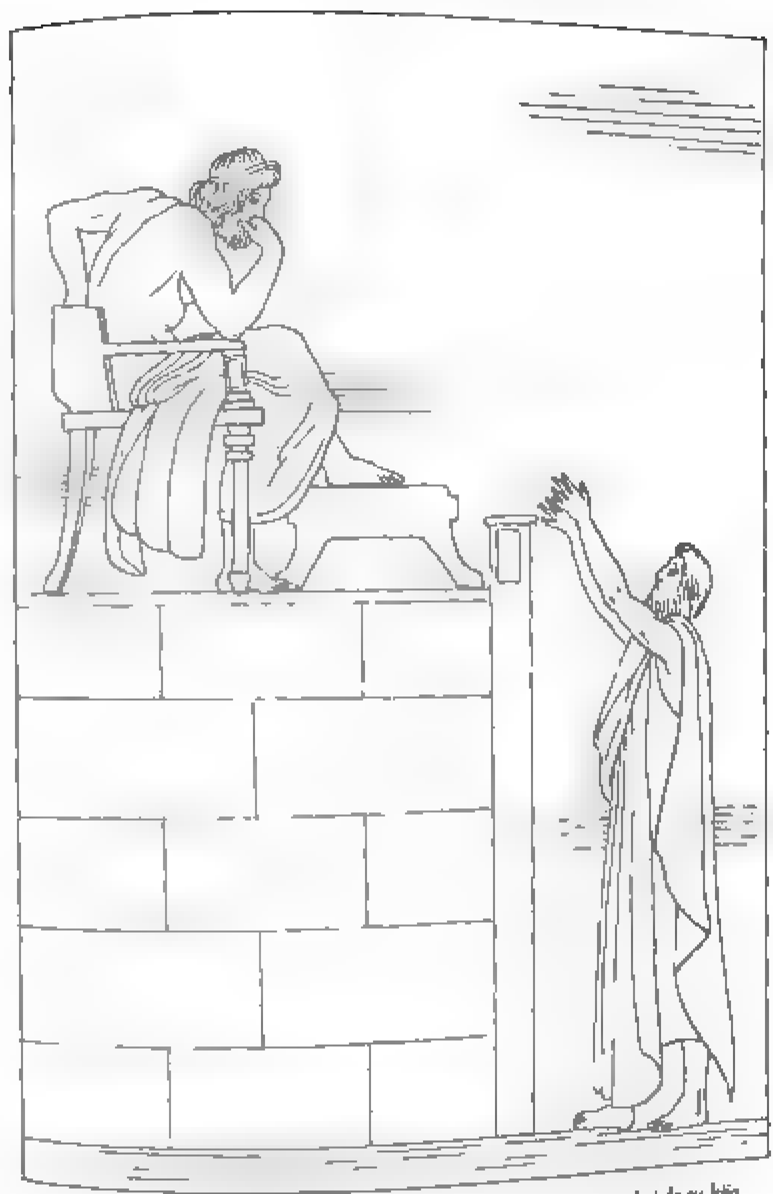
—¡Detened este crimen antes de echar sobre vosotros la venganza de las erinias! —Príamo y Hécuba se volvieron hacia quien los increpaba y hallaron echado en la arena, alzando los brazos implorantes, a uno de sus mayorales veteranos—. ¡No vertáis más sangre, pues toda es la misma: la sangre de los Priámidas!

El rey sintió que la cólera batía sus sienes al oír esas palabras:

—¿Desvarías o eres un mentecato? ¿Es que todos buscan la muerte hoy?

—No digo nada, buen Príamo, que tú y tu esposa no sepáis. Miradme bien, soy Agelao. ¿Recordáis la noche apremiante en que la desdicha os acechaba escondida en cada sombra de palacio? Hallasteis en mí al más discreto de los sirvientes, mas no cumplí el mandato que me disteis.

Súbitamente, Príamo sintió que el pecho se le vaciaba de aire. Perdido el color del rostro, dirigió la mirada a su esposa.



Agelao imploró por la vida de Paris revelando la verdadera identidad de su hijo.

Lágrimas silenciosas se agolpaban en los ojos de Hécuba. Entonces, volviéndose hacia sus hijos, que ya subían las escaleras del altar para lanzarse sobre Paris, el rey vociferó:

—¡Que nadie haga daño a ese muchacho!

◦◦◦

Ardía en las paredes del gran salón el rojo del sol que moría en poniente. Había construido Príamo el edificio en la parte más elevada de la colina y lo había dotado de anchas puertas que se abrían al pórtico para dominar con la vista toda Troya: primero el perímetro de su palacio y las mansiones fortificadas de la ciudadela, luego las casas que se desparramaban por el llano y las altas murallas con las grandes torres que marcaban las puertas allá abajo. Tres personas únicamente se vislumbraban en la sala inmensa, pues el rey había despedido a la guardia. Hécuba se recogía en el trono, apretándose las manos. Su esposo, que estaba de pie, le abrazaba la espalda intentando apaciguar su pesadumbre. Mientras tanto, Agelao, postrado frente a ellos, explicaba su parte de la historia:

—Tan hermoso era, tan luminosa su sonrisa... ¿Cómo hacerlo: con una cuerda, con una espada? Era incapaz hasta de pensarlo —negó con la cabeza mientras hablaba—. Con gran quebranto, resolví dejarlo en el monte a merced de los elementos. Cada anochecer pensaba en volver a por él, temiendo lo mismo hallarlo vivo que muerto. Cuatro días pasé en un tormento indecible y, al amanecer del quinto, regresé al lugar donde lo había abandonado para entregar el cuerpo a la tierra. Sin embargo, no lo encontré, sino que hallé marcas de garras en los árboles. Resuelto a recuperar los

despojos para calmar mi congoja, seguí las huellas hasta una cueva y, ocultándome en los matorrales al abrigo del viento, contemplé la maravilla: una osa lo amamantaba. Gracias a ella seguía vivo. ¿Era un signo de los dioses o solo mi anhelo de verlo salvado? No lo sé, pero ya me era imposible cumplir lo acordado. Aguardé a que el animal saliera y entonces me lo llevé metido en mi zurrón. ¡Toma mi vida por haberte desobedecido, rey Príamo, pero no castigues a ese gallardo joven, que es bueno e inocente, y gracias a él he conocido el amor de un hijo!

Tal diciendo, Agelao escondió el rostro tembloroso. Hécuba alzó la vista a su marido y vio que la tristeza de sus ojos era la misma que la suya. Príamo asintió con la cabeza y luego se dirigió a su mayoral con tono apacible:

—Retírate. No sufras más.

Agelao se incorporó sin atreverse a mirarlos por pudor. Pensó en agradecer su benevolencia, pero ya había hablado mucho. Lentamente recorrió el gran salón hasta la salida y desapareció. Apenas se oyó el eco de sus pasos descendiendo por las escaleras del pórtico, una figura se movió en las tinieblas detrás del trono. Emergieron a la luz las ropas blancas de una sacerdotisa de Apolo: Casandra llegó hasta sus padres bella e inquietante, con los ojos perfilados por sombras a causa de la falta de sueño y su extraordinario cabello del color de la madera de abedul recogido en turbador desorden. Príamo le lanzó una mirada inquieta. Desde niña había sido manifiesto su poder profético, el mismo que el de su hermano gemelo Héleno, pero, a diferencia de él, tenía ella que sufrir que no siempre sus palabras se escucharan, pues contenían mensajes que nadie quería oír.

—Sí, padre, es el hijo cuya pérdida lloras cada año, lo he sentido íntimamente solo con mirarlo, sin embargo, debes saber que ha llegado la noticia a los sacerdotes y que vienen a anunciarte que debes ejecutarlo de inmediato.

Revolviéndose en su sitial, Hécuba se puso en pie como una fiera:

—Ya no recuerdo lo que vi. ¡Fue solo una ilusión! ¿Ha de volver a sufrir mi corazón la muerte de este hijo por causa de un mal sueño?

Se alejó unos cuantos pasos, dándoles la espalda. Casandra quiso ir a su lado, pero Príamo no se lo permitió.

—No morirá. Antes dejaré que caiga Troya —dijo sin el menor atisbo de duda.

—Recapacita. Tiene mi sangre en las venas y no me complace buscar su ruina, pero muchos fueron quienes confirmaron la profecía.

—Si hubiera seguido todas las admoniciones de aquel día aciago, tú no estarías ahora delante de mí, pues querían los sacerdotes que la troyana de la casa real que alumbrase en aquellas horas fuera inmolada junto con toda su descendencia. ¡No, esa vida no hubiera querido vivirla, sino que hubiera preferido ser yo quien ardiese en la pira!

Quedó enmudecida Casandra ante la ira de su padre. Príamo se sintió consternado al ver su propia irritación en el semblante de su hija. Suavizó el gesto y, con un suspiro, le acarició la mejilla. Luego se marchó con su esposa. La adivina los vio enlazar sus brazos cansados y reconfortarse el uno al otro.

—No te enfurezcas conmigo, padre —dijo entonces—. No soy reina ni diosa, sino solo mensajera.

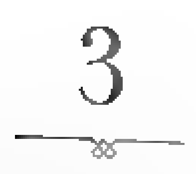
Dio la vuelta para retirarse de nuevo hacia las sombras y desapareció por donde había venido. Refugiándose en los hombros de su esposo, Hécuba se deshizo en gemidos.

Protestaron por un instante los goznes cuando la portezuela se abrió para dejar escapar una forma cubierta bajo un manto gris que se escurrió por la callejuela, resiguiendo el muro del palacio, bajo el halo argentino que la luna echaba sobre el mundo a esas horas. Confundida con las negruras que arrojaban las paredes de los edificios, se perdió en pasajes angostos hasta salir a un lugar recoleto situado en la muralla posterior de la ciudadela. Allí se extendía un recinto sagrado comprendido en el interior de un murete, donde se alzaban aras votivas y templetes con ofrendas a los dioses y a los héroes de la ciudad: el recinto del rey Tros, de cuyo nombre tomaban los troyanos el suyo.

En un rincón se elevaba un túmulo suave delante del cual había un altar de piedra ornado con una lápida funeraria que mostraba un peculiar relieve: una noble yegua al galope seguida en lo alto por un pequeño estornino. Al llegar hasta él se deshizo del manto el rey Príamo para quedar al descubierto. Hincándose de rodillas, limpió la hojarasca que cubría la piedra y después puso encima un ramillete de adelfas, la flor predilecta de su hermana Cila, y un sonajero de arcilla con graciosa forma de cerdo. Iba a levantarse y a cubrirse de nuevo para regresar al palacio, pero, apenas empezó a alzarse, le flaquearon las piernas y volvió a caer de hinojos. El pecho le dolía atravesado por la lanzada del recuerdo, jadeaba. Al contemplar las ofrendas le había asaltado la imagen de una Cila

alegre y joven, cuya cara ya no era capaz de figurarse, pero sí recordaba su canto dulce mientras olía el aroma de flores como aquellas. Luego ese canto se transformó en su mente en gritos desquiciados, los aullidos de su hermana cuando le arrebataron a su recién nacido de los brazos.

Las lágrimas cegaron al rey mientras volvía a la noche funesta. No había sido Hécuba la única troyana de la casa real que estaba encinta aquellos días. Cuando su sueño premonitorio hizo acudir a palacio sacerdotes y adivinos con sus profecías, tuvo noticia Príamo de que su hermana había salido de cuentas al mismo tiempo que su esposa. Ella dio a luz primero, por la mañana, y Hécuba después, antes del anochecer. ¿Cuál de las dos había alumbrado al niño que podía traer la devastación a su patria? Lloraba y gemía el soberano por su debilidad de entonces, hecho un ovillo ante la tumba de su hermana y de su sobrino. Troya tenía con ellos una deuda de sangre. Ahora bien, la decisión que Príamo tomara aquella noche terrible, una decisión tan atroz, tan vergonzosa que no permitía que nadie la conociera, esa decisión —se repetía él— jamás se la perdonaría.



3

El juramento de los aqueos

Al mostrarse la aurora temprana en los valles profundos de Esparta, por encima de los picos del Parnon, se levantó Ulises, se ciñó sus vestidos del hombro y, colgándose la espada cortante, salió de su tienda en las riberas del río Eurotas, donde algunos pretendientes acampaban con sus séquitos. El anuncio de quien desposaría a Helena se demoraba. Día tras día, los próceres acudían a la explanada del palacio y, tomándola por suya, se entretenían en juegos atléticos, disparando venablos y lanzando discos. A la hora de comer llegaban las reses de todos los hatos del campo y el heraldo del rey los llamaba adentro. Se olía la carne asada durante toda la jornada y resonaba la lira, que los dioses quisieron hacer del festín compañera. Pero aquella mañana Ulises, rico en ingenios, no se encaminó al palacio, sino a los olivares del sur de la ciudad.

Sobresalía por encima de los olivos la cubierta a dos aguas del templo de Atenea. Al pie de la rampa lo detuvo la escolta

del rey, que, luego de reconocerlo, lo condujo arriba. En busca de luz para su dictamen, Tindáreo ofrecía a diario sacrificios a Hera y a Atenea. Aguardaba el monarca a Ulises en el pórtico, donde se postró el joven ante él en señal de respeto.

—Noble Tindáreo, heredero de la misma sangre que Perseo, quien, impávido, cercenó la cabeza de Medusa, vengo a tus pies conocedor de tus tribulaciones. Quiero proponerte una solución para evitar la querella entre los poderosos que se han reunido en tu reino y pido muy poco a cambio, apenas un consejo, que no es para mí, sino para otro. Otorguen los dioses a todos los tuyos una vida feliz aceptes o no escucharme.

—He accedido a recibirte porque dicen que en ti brilla la facultad de discurrir sagazmente, que te viene de tu bisabuelo Hermes, el mensajero celeste. Camina junto a mí y dime primero qué consejo pides a cambio del tuyo y a quién tengo que darlo.

Paseando por el peristilo, Ulises expuso al rey lo que albergaba en su alma:

—Anhelo la mano de tu sobrina Penélope, discreta y radiante como la alborada, y hacer de ella la reina de Ítaca cuando llegue el momento. Ahora bien, tu hermano Icario, celebrado campeón de carreras, no va a permitir que nadie se case con ella a menos que el pretendiente lo bata en competición. Hazle reparar en que más provecho sacará de un marido tenaz que de uno con los pies ligeros. Pretendo correr contra él, pero no en velocidad, sino en resistencia, que es lo que sostiene un matrimonio, un reino y la vida toda. Solo así puedo vencerlo, porque, si bien él es más rápido, yo soy más fuerte.

—No pareces mal partido para mi sobrina y así lo haré saber a mi hermano. Da por hecho que yo cumpliré mi parte siempre que tú cumplas la tuya —contestó Tindáreo.

—Siendo así, escucha ahora mis razones. Hay un modo de hacer que los pretendientes acepten a quien despose a Helena sin que haya consecuencias. Pídeles que hagan primero un juramento solemne, que ha de consistir en lo siguiente: que todos tomarán las armas para defender al marido que ella escoja de cualquiera que se oponga al matrimonio. Tal compromiso anulará el poder de unos con el de los otros y nadie será desairado, pues todos habrán mostrado nobleza admirable.

Tindáreo detuvo sus pasos para considerar la idea. Al instante se dio cuenta de su agudeza, sin embargo, dudaba de ella justamente por parecer tan evidente.

—¿Qué sucede con quienes no quieran aceptar el juramento? —preguntó.

—Es condición previa. Quienes no acepten el compromiso no serán considerados para la elección.

Quedó deslumbrado el rey ante el joven itacense, no por saber maquinar complejas asechanzas, sino por pensarlas tan sencillas y tan lógicas que no admitían impugnación. ¿Cómo no había sido capaz él mismo de dar con una maña semejante? Sonriente, tomó a Ulises de ambos brazos.

—Hijo de Laertes, insigne por tu fama, ¿con qué alabanzas podría yo encumbrarte hasta los astros? ¿Admiraré primero tu justicia o tu discernimiento? ¡Solo la gloria se reserva para la unión de nuestros linajes! —Rodeándolo por la espalda en señal amistosa, lo condujo escaleras abajo—. Volvamos al palacio. Contaremos tus palabras a los próceres y lograremos gracias a tu ingenio unir a Helena con el marido más adecuado.

Tal diciendo, se precipitó el monarca a través del olivar y Ulises vio que la escolta se cerraba en torno a los dos y que ahora las armas broncíneas de Esparta también a él, el joven príncipe de Ítaca, le daban protección.

∞

De pie alrededor del soberbio corcel, sujeto a un poste, los pretendientes, que habían concurrido al completo, fueron cogiendo granos de cebada majada de las bandejas en tanto que miraban a lo alto de la loma, donde iba a pronunciar su plegaria el venerable Tindáreo:

—¡Oh Zeus, soberano tronador del universo! En ti reconocemos al juez más glorioso de todo lo humano y lo divino. Que caiga la oscuridad para siempre sobre aquellos que falten a las promesas que hacen en tu nombre.

Así habló el rey ante los circunstantes, que, como observaban desde abajo, lo veían coronado por las cimas nevadas del monte Taigeto, que sobresalían a su espalda. Tras espolvorear todos ellos los granos, Polux cortó unos pelos del testuz del caballo y los arrojó al trípode que sahumaba. Iba invocando a Atenea sin descanso, mientras Cástor tomaba el hacha y después, con ánimo ingente, la descargaba sobre la cerviz del animal, que se partió al momento. Muerta cayó la víctima con las patas dobladas. Luego, con ayuda de otros, la dividieron en trozos y quemaron sus entrañas sobre la tierra enfangada de sangre oscura.

Fue Menelao el primero en ponerse de pie sobre los restos descuartizados y proclamar:

—Sean mis testigos el Cielo y la Tierra, y la Estigia, con todas las aguas que vierte, de que no faltaré a lo que prometo:

apoyaré con las armas al marido elegido de Helena contra todo el que se alce contra su inmensa fortuna.

Irguió del suelo la cabeza del caballo y elevaron sus clamores todos los presentes. Así fueron pasando uno tras otro sobre los despojos consagrados y jurando como se les había pedido, sin fallar ninguno. Cuando hubieron acabado, el rey mandó echar los restos a una fosa abierta y cubrirlos de tierra.

—Este voto no nos lo ha impuesto ninguna vana superstición sino que lo ofrecemos renovando los honores a los dioses. Poned la vista en esa peña, mirad cómo está allí la mole desgajada y los pedruscos precipitados en gran desplome. Por ella reconoceréis este lugar donde habéis sellado vuestro destino, que será llamado en adelante la Tumba del Caballo. Aquí habréis de traer a rastras, si es preciso, a quien olvide lo que hoy se ha dicho.

Cuando la tumba estuvo cubierta, abandonaron el lugar en comitiva de regreso al palacio descendiendo por el camino, mientras que aquellos que habían oficiado el sacrificio llegaron hasta el Eurotas, que no estaba lejos, a lavarse brazos, piernas y el cuerpo todo, de la sangre copiosa que los ensuciaba.

∞

¿Es que nunca iba a caer su nombre de la boca de la gente?, se preguntaba Helena mirándose en el espejo al tiempo que las sirvientas le cepillaban la larguísima cabellera en sus estancias, bañadas de luz cristalina y aromas florales. Grandes puertas daban al jardín, pero, más allá, se alzaban muros tan altos que aceleraban la caída del día, guardados al otro lado por un destacamento exclusivo para la protección de la princesa.

Largas horas llevaban las tímidas jóvenes dedicadas a sus cuidados. Después de darle el baño diario, le habían friccionado la piel con aceite perfumado para hidratarla y mantenerla suave y flexible, aquella piel marmórea que enloquecía a los hombres por el contraste cuando se sonrosaban sus mejillas y estallaba el rojo en sus labios. Usaban muchas en el palacio afeites para aclararse el cutis, y se daban colorete, pero nada de eso le era a ella necesario, pues había venido al mundo con esas cualidades y parecía más hermosa aun cuanto menos las alteraba. Tampoco se ponía aceite en el pelo, pues le brillaba de forma natural como el oro, con reflejos rojizos, un color que las espartanas buscaban al teñirse sin lograr remedarlo.

Levantó los brazos para que le acercaran el peplo al cuerpo por el costado. Algunas de quienes la servían empleaban rellenos para mejorar su figura o se ponían sandalias con gruesas suelas para parecer más altas, mientras que ella no necesitaba más que aquel rectángulo de tela doblada, que prefería solo prendido con fíbulas para mostrar sus rectos hombros, sus clavículas, el nacimiento de sus jóvenes pechos. Únicamente un ceñidor a la cintura y la melena suelta le hacían falta para que, al llegar a una habitación llena de gente, pareciera que lo que entraba era el sol. Todos se iluminaban a su paso, la miraban con ojos chispeantes, el gesto suspendido en una expresión de estupor.

Le propusieron echarse una capa sobre los hombros, pero ella la rechazó. La madura Etra aguardaba ya en la puerta sonriendo ante la prodigiosa visión de su protegida. Formando una comitiva con su séquito de sirvientas, Helena la siguió por la galería porticada, guardada por los soldados de su escolta, cuyos ojos huidizos no podía evitar notar sobre sí.



La piel marmórea de la bella Helena enloquecía a cualquier hombre que la observara.

¿Qué culpa tenía ella de su belleza? Su fama no era más que una carga, pues mientras más devotamente andaban sus alabanzas en boca de los hombres, más razón tenían para aborrecerla las mismas mujeres que la imitaban. Todo aquel en quien ponía la vista, aunque fuera fortuitamente, notaba arder su corazón y luego, cuando ella continuaba su camino, se sentía despechado. La misma gloria que la halagaba le hacía daño, puesto que, como todos los ojos estaban fijos en ella, no podía actuar con libertad, se sentía siempre vigilada, en estado de sitio, bajo permanente sospecha. Y no se preocupaba en balde: le habían llegado habladurías que la hacían culpable de su propio secuestro. Se lo había contado la misma Etra, la madre de Teseo, a quien Cástor y Pólux se habían llevado como prenda por la mala acción de su hijo cuando la rescataron.

Ante tamaña injuria, Helena se indignaba. Jamás concedió a su captor el fruto que buscaba, sino que volvió intacta. Tampoco Teseo la forzó, consciente de que era apenas una niña, sino que la puso a cargo de Etra hasta que alcanzara la edad núbil. Mucho se arrepentía ahora el ateniense de aquella ocurrencia, porque al final le costó su reino, su buen nombre y su propia madre.

Llegaban ya a la puerta del gran salón, por la cual —advertían— escapaba menos barullo que de costumbre e, incluso, era posible escuchar la armoniosa melodía del cantor.

En el interior, apoyado en una columna, un aedo hacía sonar la lira y cantaba hazañas de héroes, asombrado de oír su voz, porque, por primera vez en muchas jornadas, los pretendientes estaban tranquilos. La sensación de que algo extraordinario estaba por pasar los movía al comedimiento. Surgió Etra por la puerta del claustro, despertando la atención de los

presentes, y luego salió la escolta, que se apostó a ambos lados. Hasta la lira enmudeció cuando hizo su aparición la princesa Helena de Esparta, de cándidos brazos y gesto prudente, con todo su séquito. El aire del salón quedó de súbito saturado, caliente y espeso, como si alguien hubiera echado nuevos leños al fuego. Mientras su padre iba a buscarla y la acompañaba a su banco, recorrieron el salón sus ojos y su azul abismal pareció absorber toda la energía del mundo, dejando sin fuerza a aquellos sobre quienes se posaban apenas un instante.

Sin lugar a dudas, pensaban los juramentados, la dorada Helena era comparable a Afrodita en beldad. Se reclinó ella en su asiento guarnecido de marfil, cubierto por un gran vellón de carnero, y a su alrededor se dispusieron sus sirvientas. Cuando le acercaron ricos manjares, ella los apartó con gesto desganado y puso su atención en confeccionar un ornamento con ramas de laurel que traía en las manos.

Poco a poco fue volviendo el salón a la vida, se oyó de nuevo la música y el rumor de las conversaciones, pero ya nada fue igual, porque los pretendientes no podían evitar lanzar miradas oblicuas a la princesa, cautivados por la finura de sus rasgos, la elegancia de sus movimientos. En sus rostros veía ella lo que pensaban y le caía encima un pesado aturdimiento. ¿Cómo no iban a complacerla los elogios? Ahora bien, se sentía presa, cohibida por el examen continuo.

Los varones de aquella sala la deseaban de un modo que la abrumaba. A pesar de su enclaustramiento, había tratado con mandatarios, miembros de familias reales, soldados de la guardia. Sería de hielo si la apostura de algunos de ellos no le hubiera hecho mella. Sin embargo, era inocente. No sabía de enredos amorosos ni había burlado con maña alguna a Etra para

entregarse a los brazos de un amante ¡Dichosas las que habían tenido el valor de hacerlo! Ella se figuraba que era tortuoso ese sendero. ¿Para qué abrir surcos en la infértil arena de la playa con el arado y dejarse llevar por una esperanza que el mismo suelo le negaba? No podría tener a cualquier hombre porque era hija de rey. Tenía que cumplir con su deber, se decía mientras trenzaba el laurel con sus dulces manos.

El banquete se prolongaba y, con él, la incertidumbre de los pretendientes, cansados de que nada sucediese. ¿A quién escogería la doncella casadera? ¿Saldrían de aquella sala con la respuesta? Largo rato había dedicado Helena, con la mente en otra parte, a confeccionar una corona, mientras el ambiente en la sala se volvía extraño, porque todos se perdían en charlas y bromas, en comer y beber, aparentemente olvidados de por qué estaban allí, pero a la vez no perdían detalle de la princesa e interpretaban cualquier movimiento como un mensaje cifrado.

Llegado cierto momento, Diomedes llamó la atención de Ulises con gesto de apremio: Helena se levantaba. Fingió la concurrencia que aquel cambio no tenía importancia, que nadie iba a dejar lo que estaba haciendo, cuando en realidad la seguían todos de reojo y sus discursos se volvían dispersos, sin que sus oyentes se percataran porque no escuchaban tampoco. Atravesó la princesa toda la sala, dejando atrás a quienes muchos tenían por favoritos: argonautas, epígonos, príncipes notables, el mismo Menesteo de Atenas, tan atónito al verse relegado como Cástor y Pólux, que seguían con él. Finalmente llegó al otro extremo, donde estaban los de Micenas. La sala entera contuvo la respiración al ver que se acercaba a Menelao. En silencio, lo coronó con la guirnalda.



La sala contuvo la respiración cuando Helena se acercó a Menelao.

El hermano de Agamenón era el elegido. Mirándola radiante de contento, Menelao se alzó y avanzó la mano hacia ella. Por un instante dudó Helena al tener tan cerca aquella presencia que dejaba de ser una idea. Luego, delicadamente, tomó la mano que le ofrecía. Un estremecimiento le recorrió el alma al sentir el tacto del hombre al que entregaría su tesoro, el más afortunado de los helenos.

∞

Se arracimaban las saetas en la cabeza del poste sin que quedara el más mínimo espacio para ninguna otra, lo mismo que cincuenta pasos a la derecha, donde otro poste había quedado también convertido en un erizo. Aplaudían y aclamaban los arqueros troyanos a los dos que habían convertido el campo de entrenamiento en un espectáculo. Pándaro, el más excelente flechador de las huestes de Príamo, tuvo que reconocer, estrechándole el antebrazo, que Paris le andaba a la zaga. Complacido había observado Héctor aquella competencia improvisada que había tenido lugar durante la práctica diaria de su hermano.

Durante su formación militar, Paris había manifestado particular predisposición hacia el arco. Como era esforzado y cabal, la tropa lo había recibido bien, pero, a pesar de ello, Héctor veía algo en él que estaba fuera de lugar. Si bien se partía el brazo en la lucha como el que más, su galanura no parecía amoldarse a las armas ni a la clase de sacrificio que exigía la patria. Parecía hecho para otras guerras.

Desoyendo a los sacerdotes, Príamo lo había reconocido como su hijo por signos confirmados y lo había acogido triunfalmente. Nueve días y nueve noches duraron los grandes fes-

tos, con banquetes y sacrificios a los dioses. El palacio estaba alegre por haber recobrado al príncipe. Enseguida se percató Héctor del deseo que despertaba su hermano en las sirvientas, en las hijas de los nobles e incluso en las esposas de los altos mandatarios que venían en visitas oficiales.

—El amor de una esposa es el consuelo del guerrero —le dijo a Paris, mientras remontaban las empinadas cuestas que llevaban al gran salón—. El guerrero sale a combatir porque es su deber, pero se esfuerza por vivir otro día más para volver a los brazos de su amor. Deberías pensar ya en matrimonio.

—Confío en que Afrodita me escoja la esposa más adecuada. Así se lo suplico todos los días —respondió el otro, sonriente—: «Diosa de los amables dones», le digo, «elige para mí tan atinadamente como elegiste a Andrómaca para mi hermano».

Divertido, pues se daba cuenta de que Paris bromeaba, Héctor lo golpeó en el hombro.

A la llamada de su soberano había acudido al salón de Príamo el consejo de notables troyanos. Los numerosos hijos del rey y los jefes de la ciudad, sentados alrededor del hogar, discutían el tratado de paz que el monarca quería sellar con el reino heleno de Esparta. Tindáreo había abdicado en favor de su yerno después de casarlo con su hija. Confiaba Príamo en que aquella amistad sirviera para mejorar sus posibilidades de recuperar a su hermana Hesíone, a quien se había llevado el rey Telamón a Salamina años atrás. Con creciente alboroto se discutía en la sala cuando Héctor y Paris entraron y fueron a buscar su lugar, el uno al lado del otro.

—¿En qué ha de triunfar esta misión de paz cuando la otra fracasó con agravio? —decía Pántoo, jaleado por los más coléricos.

En defensa propia se alzó el venerable Antenor, cuyo consejo Príamo respetaba en mucho, y dijo:

—No olvidéis, amigos, que fui yo quien fue despedido de Salamina, por eso os digo que no debemos dejarnos extraviar por la ilusoria gloria bélica. Fue la misma Hesíone quien rechazó mi petición.

El consejo refunfuñó ante aquellas palabras y no fueron pocos quienes gritaron al rey que no prestase oídos a las timoratas palabras de un hombre avejentado.

—¡Vayamos con un ejército para conseguir por la fuerza lo que no se logró por las buenas!

—¡Que hable Hector! ¡Que se pronuncie el caudillo de nuestras huestes!

Paris observó a su hermano y vio que desaprobaba el griterío. Aunque Héctor era comandante indisputado y se lo tenía por el mejor guerrero de toda Troya, no era favorable al conflicto, siempre que pudiera evitarse, y luchaba por contener las presiones de los más agresivos, aunque sin rivalizar con ellos, porque tenían gran influencia en el ejercito. Poco amante de la política y de los parlamentos vanos, prefería no pronunciarse a poco que husmeara intrigas e intenciones dudosas. Viendo su incomodidad, se levantó el prudente Príamo con las manos en alto para calmar los ánimos:

—¡Oídme, nobles troyanos! Más vivamente que ninguno anhelo yo recuperar a Hesíone. Jamás me he consolado de su rapto, aunque Telamón la haya hecho su esposa elevándola a la dignidad de reina. Es por ello, justamente, que está en mi ánimo poner confianza en el nuevo rey de Esparta. Muchos lo conocisteis durante su visita, cuando vino a ofrecer sacrificios en las tumbas de Lico y Quimereo, hijos de

Prometeo, porque el oráculo de Delfos le prescribió que era el único remedio contra la peste que hacía estragos en su tierra. Juzgo, por el trato que tuve con él, que es un hombre piadoso y de palabra inconmovible. A mi oferta ha respondido favorablemente: pide que envíe embajadores a Esparta.

—¡Verguenza! ¡Los griegos son insolentes en la paz y cobardes en la guerra! —se oyó vociferar.

—¡Héctor, Héctor, Héctor! —aclamaron.

Volvió a pedir la palabra Pántoo, haciendo valer el cetro, que seguía en sus manos a pesar del desorden en que había desembocado el debate:

—No sabes, buen rey, qué clase de hombres son los helenos. Preferirían morir antes que permitir que un extranjero les hiciera objeto de ofensa. Si crees que un acuerdo con uno de ellos puede conseguir doblegar a los otros, vas muy errado. Envía embajadores, pero como sea que pidas la restitución de Hesíone, los verás de vuelta sin cabeza.

De nuevo el escándalo se adueñó de la sala, donde ya nadie atendía a los turnos de palabra.

—¡Héctor, Héctor! ¡Habla, comandante! —repetían.

Se disponía ya el primogénito del rey a levantarse con clara renuencia, porque sus argumentos no eran otros que los de su padre y expresarlos le sería lesivo frente a los jefes militares, cuando Paris se adelantó y lo dejó inmóvil en la banqueta. Se asombraron todos al ver que el nuevo príncipe pedía la palabra, pues era la primera vez que se oiría su voz en el consejo. Pántoo le cedió el cetro, que pasó de mano en mano hasta llegar a él. Dijo Paris entonces:

—¡Notables de Troya, príncipes, hermanos! Escuchad mi pensamiento aunque me conozcáis poco, pues puedo ase-

guraros que, quien sabe de mí, afirma que soy buen juez. Sabio y prudente es prepararse para la guerra, como nos dice Pántoo, pero también lo es, como afirma Antenor, vivir en tranquilidad, sin jugarse la vida al albur de las batallas. —Había avanzado unos pasos y se lo veía rutilante en su coraza, apuesto, vivaz, sublime, casi perfecto—. Dadme una flotilla y enviadme a Esparta. Yo haré amistad con Menelao, y, a través de él, me atraeré a su hermano Agamenón —dijo con entusiasmo—. ¿Qué no conseguiremos de los helenos si tenemos a Esparta y Micenas, que son los reinos más poderosos, de nuestro lado? Me precio de entender cómo sienten los corazones y de saber ganarlos. Si mi tía es reina y madre en Salamina, no ha de ser por violencia que logremos su regreso, sino por seducción. —Como veía que la concurrencia lo escuchaba asombrada, sonrió astutamente y añadió—: Concededme barcos, poderes y confianza, y me veréis volver con la cabeza intacta, y, si no con mi tía, con la mejor princesa helena que encuentre, que me traeré a cambio.

Bien a gusto se carcajearon los presentes por su ocurrencia. Desnortado el consejo por aquellas palabras, ya nadie volvió a hablar de alzarse en armas. Se debatía con el animoso Paris del posible tratado, de qué términos serían más beneficiosos, de cómo debería dotarse la embajada troyana en tierras de los helenos. En silencio cruzaron Príamo y Héctor la mirada y cada uno reconoció lo que pensaba el otro: que aquel príncipe pastor, el hijo y hermano recobrado, sabía penetrar sin duda en el interior de las personas, pues allí mismo, delante de todos, su atractivo fascinante estaba operando el prodigio de transmutar la conversación.

4

El viaje fatal

Se alabeaban en el astillero los troncos que servirían de armazón a las rápidas naves y la corva quilla se trababa con los costillares. Se les añadía la arboladura, se les ponían las velas y las recurvas popas acogían imágenes de dioses pintados. Paris recorría la selva de mástiles en dique seco devorado por las ganas de marchar por las aguas. Tanto le quemaba su ansia que creía que se secaba por dentro y que los fluidos de su cuerpo se inflamaban hasta abrasarle las venas. Notaba que su sangre se volvía espesa, que se estaba convirtiendo en lava, que lo desbordaba. Presa del dolor, se doblaron sus rodillas y cayó al suelo aullando. La piel se le levantó en burbujas palpitantes, que, al estallar, escupieron un manantial de serpientes de fuego. Corrieron las llamas en todas direcciones saltando de barco en barco, devorando la madera. Cuando el astillero todo fue un océano de fuego, el incendio avanzó como el viento por el llano en dirección

a las murallas de la capital, hacia Troya, buscando la ciudadela de Príamo.

Volaba la túnica blanca alrededor de la adivina Casandra mientras giraba sobre sí misma con los brazos extendidos y los ojos apretados, un lamento grave escapando de su garganta. Cuando finalmente se fue al suelo, rodó por él gimoteando. Enseguida se alzó jadeante, bañada en sudor, con los largos cabellos pegados al cuerpo. Las llamas devastaban Troya todavía en sus ojos.

•○•

Paris atravesó el gran salón entre todos los presentes y llegó a los pies del trono, donde hincó una rodilla en el suelo ante las miradas afectuosas de su padre, de su madre y de su hermano Héctor. El rey le ordenó que se alzara y después llamó a Eneas, el dardanio, que era primo de Paris y estaba casado con Creúsa, una de las Priamidas. Viéndolos el uno al lado del otro, el monarca se mostró complacido.

—Ya tienes tus barcos —dijo a su hijo recobrado—, con una hermosa nave capitana. Pongo esta embajada en tus manos sin vacilaciones, pero quiero darte la mejor compañía, pues no es trivial el encargo que te hago.

Paris saludó con un breve gesto de la cabeza a su primo, cuyas maneras serenas daban fe de su sensatez. No podía tener mejores augurios para su viaje, pensaba, pues Eneas era el vástago que la diosa de los amables dones, la fiadora de su prometido matrimonio, había tenido con el mortal Anquises, rey de Dardania.

—Me has dado lo que te pedí —dijo, volviendo a mirar a su padre—. Ahora yo conseguiré lo que tú anhelas.

Sonriendo, Príamo se levantó del trono y fue a su encuentro con los brazos en alto. Iba ya a apretarlo tiernamente contra su pecho cuando tronaron las puertas al abrirse bruscamente. Un griterío invadió la sala y quebrantó la cordialidad del momento. Casandra corría hacia el trono, perseguida por el fragor metálico de la guardia. A su paso se iban alzando de sus asientos los miembros del consejo y se miraban con asombro. La adivina alcanzó a su padre con los nervios desatados.

—¿A dónde dejáis que corra el leño ardiente de la profecía? ¡Hundid en el mar esos barcos infames ahora que aún se puede! ¡En ellos va nuestra perdición, la de nuestra patria, la de nuestra casa, padre!

Sintió Príamo que la ira le inflamaba e hizo al punto resonar su voz grave en la sala.

—¡Pájaro de mal agüero, en mal momento vienes a dirigirnos palabras tan injuriantes! ¿No has tenido prueba suficiente de que tu hermano cuenta con la protección de los inmortales? ¿Tal cosa es lo que le envidias?

—¡Volverá trayendo consigo incendios! ¿No veis qué inmensa llama va a buscar por esas aguas? —Se dirigió luego hacia la reina, cuyo gesto atormentado revelaba que algo terrible se removía en sus adentros—. ¡Madre, ordénales que me escuchen! ¡Anoche vi en mi propio sueño los fuegos de tu presagio, el que te asaltó antes de su alumbramiento!

Estalló Hécuba en llanto al oír aquellas palabras y, volviéndose, se alejó a toda prisa con la cara oculta entre las manos. A la señal del soberano, la guardia se lanzó sobre su hija y la apresó con violencia. Bochornosamente chillaba ella y se revolvía como una bestia salvaje mientras se la llevaban

a rastras, en medio del cuchicheo consternado de la concurrencia. Observando con el ceño arrugado cómo se alejaba, el rey puso la mano sobre el hombro de Paris:

—Navega con buen viento, hijo mío.

❧

«Enone». Recorrió Paris con las yemas de los dedos las rugosidades que daban forma al nombre en la corteza. Había galopado sin descanso desde la ciudad para ir al encuentro de la ninfa, porque ya estaba dada la orden de partir al día siguiente. Pero, a pesar de buscarla por todo el Ida, por los lugares que ella frecuentaba con sus hermanas, por sus rincones secretos de enamorados, por los mejores puestos para la caza, los mejores arroyos para tender redes, por todo lo que ella le había enseñado... no la hallaba.

No pudiendo esperar más, volvió a la orilla del río que tantas veces acogiera su amor, donde él había grabado su nombre en un álamo para que creciese con el tronco. Sentado sobre el lecho de hojas en el que sus brazos solían enzarzarse como la parra al olmo, la llamó sin obtener respuesta. Tristemente suspiró, y luego, cerniéndose sobre las aguas, se ensimismó recordando sus momentos juntos mientras miraba su reflejo en el agua, donde ondulaban sus espléndidos atavíos de príncipe troyano. Fue entonces cuando le pareció que, debajo del murmullo del arroyo, se oía un gimoteo quebradizo. Una espesa gota estalló sobre el cuero de sus sandalias. El rocío empapaba las hojas de los carrizos y las madreselvas de la ribera y, resbalando cansadamente, se dejaba caer sobre la hierba. Un viento repentino hizo refunfuñar las copas de los árboles y luego, cada vez más agresivo,

agitó la superficie del agua de modo que dio la impresión de que la corriente había invertido su dirección y el río fluía hacia arriba. Se agolparon las lágrimas en los ojos de Paris, pues siempre había temido que, con su arte profético, la ninfa fuera capaz de conocer su destino antes de que lo supiera él mismo. Se apresuró a volver a su caballo para alejarse, quizá para siempre, de aquel amor, el más dulce, el más fogoso, el primero.

En el este asomaba la rosada aurora unas horas más tarde, cuando la brisa levantó las velas en los firmes mástiles de los barcos troyanos y los marinos encanecieron las aguas, escarbadas por los remos. De pie en la proa de la nave capitana, vistosamente empavesada, Paris contemplaba el abismo azul del Egeo y la imprecisa línea donde el cielo y el mar se abrazaban allá lejos. En el mascarón, la efigie tallada de la diosa Afrodita con el pequeño Eros rompía las olas al frente de la flotilla, como él había pedido. Entretanto, en tierra, desde lo alto de un risco, seguían con la vista Príamo y Hécuba las velas que se alejaban, sin decirse el uno al otro, pero probablemente intuyendo, que el mismo pensamiento umbrío oprimía sus corazones.

❧

Se ajaban los esmaltes que ornaban el parapeto de la muralla y se deslucía el bronce de las puertas sin que el rey de Esparta se preocupara demasiado. Apenas tenía conciencia de ello, pero Menelao había impuesto en el reino su austeridad castrense. Durante los primeros compases de su mandato se había ocupado en reorganizar el ejército, en dotarlo de más hombres y mejores armas, y en comprometer a sus vecinos en el apoyo mutuo mediante alianzas no siempre espontáneas.

A todo ello, los días se hacían lentos en las estancias aromadas del gineceo, donde Helena cansaba sus manos con el paño que colgaba del telar, sentada en una silla cubierta con un tapete de lana suave. Siempre en torno a la reina, las jóvenes muchachas que la servían, todas aún doncellas salvo Etra, cardaban la lana e hilaban flores de purpúreos vellones con una rueca de oro provista de rueda que el rey había regalado a su esposa. Como eran tenazmente risueñas, gustaban de aligerar la tarea con joviales cantos:

Muchos membrillos arrojaban al carro del rey,
muchas coronas de rosas y guirnaldas de violetas.
¿Dónde tengo las rosas, dónde las tengo, dónde las tengo?
¿Dónde están las violetas, dónde las tengo, dónde las tengo?
Ahí están las rosas, ahí las tienes, ahí las tienes.
Ahí están las violetas, ahí las tienes, ahí las tienes…

Arrastradas por la alegría y las risillas inocentes, era fácil que se alzaran de las banquetas y representaran por la habitación la mímica de buscar y recoger flores, preguntándose y respondiéndose unas a otras del mismo modo en que se hacía durante la fiesta de las flores dedicada a la diosa Hera. Presenciaba la discreta Helena sus danzas sonriendo con reserva, sin alzarse nunca del telar. Envidiaba su despreocupación y se sentía mucho mayor que ellas, aunque en realidad no lo era tanto. Cantaron las sirvientas:

Como esa manzana dulce se colorea en la rama más alta,
en la más alta, en la más alta,
dicen los cosecheros que no la han visto, que no la han visto.

Pero no es que no la hayan visto, que no la vieran,
sino que no pueden alcanzarla,
que no la alcanzan, que no la alcanzan.

Dejó Helena que su atención volara hacia el jardín. La última estrofa de aquella canción lograba siempre borrarle la sonrisa. Alzándose, salió al fresco verdor.

Afuera, la vecindad hacía que las ramas se montaran unas sobre otras, que las frondas se abrazaran y los frutos se confundieran. Brillaban en el suelo las verdeamarillas sombras de los pámpanos cuando se mecían por lo alto. En el centro borboteaba una fuente y, en torno al chorro, había un estanque cuya superficie duplicaba el paisaje. Las aves que descendían a beber agua y buscar alimento en los árboles trinaban alegres y relucían con el atavío de sus alas. Era un vergel, un recreo para la vista, pero seguía siendo el mismo de su infancia, igualmente rodeado por aquellos altos parapetos que escalaba la hiedra y la correhuela. Helena era reina y su morada estaba ahora en las salas que había habitado su madre, pero ¿qué más había cambiado para ella?

Nunca se había engañado: no esperaba que el matrimonio le diera a conocer el amor. Sin embargo, ciertamente había creído que le haría gozar del cariño de un hombre que haría de ella su norte, su sentido, su hogar. Ahora bien, su marido no tenía corazón de amante, sino de soldado, y su ímpetu, que le había parecido al principio idóneo para el amor, prefería él volcarlo en las armas y en el trato con guerreros y caudillos. Más le parecía un huésped que un esposo, porque nunca estaba allí, siempre a la zaga de su hermano, que lo mandaba llamar a Micenas de continuo por

una u otra componenda y luego lo enviaba como legado por toda la Hélade.

Llegó hasta ella el balbuceo de su pequeña Hermíone, apenas un bebé, que Etra traía para que viera a su madre al despertar de su sesteo. Cuando la acogió en sus brazos y vio su mirada limpia, renació la sonrisa en su rostro. Etra inspeccionó a la madre e hizo una mueca de reprobación.

—Ponte pliegues de reina. No permitas que la noche se lleve tus alegrías.

Muchos eran los días en que Helena no se preocupaba de hacer que peinasen sus cabellos ni tenía ganas de cubrirse con vestidos de color. Con el pelo sin arreglar y una túnica cualquiera, sin diademas que engalanasen sus sienes ni esencias que diesen perfume a su piel, así vagaba por el palacio yendo adonde la llevaban sus pies.

—La noche es grata a las jóvenes cuyos cuellos reposan sobre un brazo. Yo, en mi lecho, ando a la caza de sueños mentirosos.

Cuando las sombras la encerraban en el tálamo helado, su mente se perdía en incertidumbres. ¿Cuándo podría abrazar de nuevo a su marido con sus brazos apasionados y abandonarse lánguida a su propia alegría? Tal vez nunca, se decía, pues, aunque Menelao la admiraba y sentía deseo ardoroso por ella, la tenía más bien por un trofeo. Era bueno, blando incluso, pues no cabía duda de que estaba enamorado, pero parecía incapaz de comprender qué la agitaba por dentro. Ya no se veía Helena como aquella beldad por la que tantos suspiraban sino como una dignidad real, un atributo del trono de Esparta. No se sentía ya un ser humano sino meramente una guirnalda, aquella con que coronó a Menelao.

Estallaron risas nerviosas donde el telar y vio Helena que las muchachas dejaban sus quehaceres y alborotaban por toda la estancia. Jovial, Etra la tomó de la mano:

—Llegan los troyanos, con su mucho oro y sus ropas de vivas tinturas. Las doncellas esperan seducir a alguno de sus príncipes. Vayamos a recibirlos, pues a buen seguro que traerán tesoros preciosos como regalo. Los acompaña Menelao desde el puerto de Gitión, adonde han desembarcado.

Sin poder dejar de mirar tiernamente a Hermíone, Helena negó con la cabeza. Después le devolvió a la niña y se alejó. A Etra se le figuró que era una espiga sacudida por la tormenta. Así le había parecido cuando la conoció, el día que su hijo la trajo a su casa para ponerla a su cuidado, y así se había sentido ella misma durante años al verse arrancada de su vida anterior. ¿No era posible otro sino para las mujeres en aquel mundo de varones brutales?

En lo más alto del palacio una torre abierta a los cuatro vientos dominaba la campiña dilatada de Esparta, donde había mucho trébol y juncia abundante, buenos trigos y espeltas, blancas y pródigas cebadas, extensas praderas donde pacían y galopaban felices los corceles de poderosos lomos. Allí subió Helena para intentar saciar la avidez de su corazón con la visión de los soberbios macizos de montañas que protegían la ciudad al este y al oeste. Por el camino del sur ascendía una columna extensa, pesada y resplandeciente.

■

Tiempo hacía que no se oía en el palacio el vocerío desinhibido de los huéspedes y el chocar de las copas, porque era Menelao un hombre circunspecto, poco favorable a los

convites salvo en lo que obligaba el ceremonial. Helena se había acostumbrado a los agasajos solemnes en honor de negociadores, gente calculadora y en tensión, a quien su esposo le aconsejaba no importunar con su charla sin tampoco dispensarla de comparecer, puesto que le gustaba hacer alarde de ella.

No obstante, desde la llegada de los de Troya había una colosal excitación en la ciudad. Las espartanas que habían tenido ocasión de conocer al hijo que Príamo había enviado como embajador no dejaban de expresar su asombro ante la lumbre radiante de su rostro, su animoso parloteo, su gallardo porte ennoblecido por la suntuosidad de sus ropajes. Iba hallando Helena mujeres muy dispares, desde sirvientas a esposas de próceres, que se encendían al hablar de él semejantes a antorchas excitadas por azufre. Tanto era así que a ella misma se le había despertado la curiosidad y, en las horas previas al banquete en que los visitantes harían entrega de los presentes que traían de oriente, mandó que la prepararan como antaño.

No pasó esta reacción desapercibida a Etra, quien, contenta de verla recuperar su vivacidad, hizo que le ajustaran un primoroso vestido de sus mejores tiempos, teñido de colores cálidos similares a los troyanos y confeccionado con telas vaporosas que daban fe de que sus gracias conservaban su esplendor. Pretendía la mujer que fuera una llamada de atención a Menelao.

—Deslumbra a esos hombres tediosos, preciosa mía —susurró al oído de Helena mientras le arreglaba las ropas para que realzasen la voluptuosidad que la maternidad había dado a las formas de su cuerpo—. Solo saben hablar de tiros

con arco y de carreras de caballos. Si tanto disfrutan montando sus yeguas, ¿por qué no se casan con ellas?

Reía divertida Helena las picardías de su vieja amiga de aventuras y sufrimientos.

Flotaba luego la larga cola del vestido por los pasillos, por donde la reina se apresuraba, rodeada de sus sirvientas, que, alteradas, se mandaban callar unas a otras las risillas nerviosas. Barruntaba Helena que ya habrían dado los criados aguamanos, repartido pan de las canastillas y colmado las mesas de viandas y copas. El séquito de los troyanos estaría acomodado en los asientos del gran salón, entre los espartanos más distinguidos, jefes, nobles y miembros del consejo, mientras que los embajadores —Paris de Troya y Eneas de Dardania, según le habían informado—, debían de estar esperándola a la mesa del rey y, como ella no comparecía, se hallarían inquietos y creyendo que no acudiría. Menelao, nervioso, pensaría ya en enviar a buscarla. Entonces sería el momento de hacer su aparición.

Mas sucedió que, cuando salió al patio porticado, al cabo del cual se abrían las puertas del salón, oyó que reverberaba en las galerías un son conmovedor procedente del convite: una voz melodiosamente entrelazada con el tañido de una cítara. Deteniendo sus pasos, se dio cuenta de que era un troyano el que entonaba y escuchó embelesada que no cantaba sobre batallas y heroicas muertes, sino sobre por qué los soles corren tanto en invierno a bañarse en el mar y qué tardanza detiene el curso de las lentas noches. La reina siguió la música con paso lánguido ante la confusión de su séquito. Así la vieron entrar en la sala los invitados, como hechizada, igual de candorosa que la primera flor del mundo, sonro-

sadas las mejillas, refulgente la mirada. En medio del salón, el cantor de larga cabellera celebraba las fases de la luna, los trabajos del sol y, después, la raza de los hombres y los brutos, y la lluvia y el fuego. Paris, sentado junto a Menelao en la mesa principal, advirtió una presencia a su lado, y, al volverse para ver quién era, descubrió a Helena de pie.

Quedó pasmado. Era una diosa en la tierra, luz y calor, dicha flameante que daba nuevo vigor a quien la contemplaba. Hacía mucho que ardía en deseos de admirar sus encantos, pero jamás creyó que fuera tan bella que lo que prometía su fama era casi una ofensa. Ahora, con ella delante, comprendía por qué solo aquella mujer podía ser la recompensa que, por su fallo, le ofreciera Afrodita, puesto que, si se hubiese presentado también ella al certamen, el triunfo de la diosa hubiera estado en discusión. Se le borró de la memoria el encargo de su padre y tuvo la certeza de pronto de que había viajado allí exclusivamente para llevársela consigo. Notó ella su atención y, sin pararse a pensar, se volvió a buscarlo con la vista. Cuando reparó en él, sintió que lo más profundo de sus entrañas se henchía con una inquietud desconocida. Colisionaron dos mundos —el océano griego y los bosques troyanos— en el momento en que sus ojos se entramparon y, mientras ensalzaba el cantor al brillante Arturo y a la gran osa, que aquel guardaba, cada uno creyó que trepidaba en su cuerpo la energía de las estrellas insuflada a sus adentros por el iris titilante del otro.

Los sacó de su suspenso el final de la canción, al que siguió el redoblar de los aplausos. Viendo que su esposa había llegado, Menelao la acomodó a su vera, resultando que Paris quedó junto a ella y Eneas al otro lado. Había superado ya el

banquete su primer descanso y el rey dio orden de apartar las mesas para que los troyanos presentaran al fin sus obsequios.

Yendo en busca del primero de ellos, Paris tomó de manos de uno de sus hombres un cofrecillo de oro incrustado de zafiros y esmeraldas. Se dirigió hacia Helena portándolo majestuosamente y luego, inclinándose mientras lo abría, le mostró su contenido. Fingió la reina un gesto de maravilla, aunque no llegó a saber qué había en el cofre. Se sentía incapaz de mirar de nuevo al troyano. Sonriendo con tibieza, hizo una señal para que sus sirvientas recogieran el presente y quiso, con otro gesto que pareció displicente, hacer como que lo agradecía. Al recular para ceder el turno a Eneas, que esperaba con el siguiente regalo, Paris llevó la vista fugazmente hacia ella y Helena no supo zafarse de él. Un instante nada más volvió a quedar cautiva de aquellos ojos aceitunados igual que atrae el suelo todo objeto, pero, aunque breve, fue suficiente para que ambos perdieran el color y se estremecieran, gravemente heridos. No escapó a Menelao la palidez súbita de su esposa y el malestar que teñía su rostro, y creyó entender, por sus gestos esquivos hacia los extranjeros, que le disgustaban.

■

Luchaba Helena día y noche por borrar de su corazón el pensamiento del hermoso embajador y se imponía mentalmente el de su marido. Nueve largas jornadas llevaban ya en Esparta los troyanos, acompañados por Menelao de visita por todo lo que era digno de verse, tanto como declaración de concordia como para apabullarlos con la exhibición de su poderío militar.



Helena agradeció con un gesto el presente y evitó mirar de nuevo a los ojos del troyano.

Aunque el rey insistía en solicitar la presencia de su esposa en los banquetes, ella los rehuía. Había sucedido que, en presencia de su marido, Paris la miraba en silencio, desvergonzado, dejando que fuera Eneas quien condujera la conversación sobre las maravillas de la Troade y la bondad del gran Príamo. Cualquier manjar que había tocado ella con sus dedos, lo cogía luego él, y, de ese modo intermedio, parecía pretender sentir su tacto. Al mismo tiempo, tenía con Menelao permanentes atenciones. Siempre hacía que le sirvieran primero, y, si le tocaba hacer libaciones, le concedía el honor a él. Luego, aprovechando que el vino conducía a las risas y se llevaba las arrugas de la frente, no dejaba de dirigir palabras fraternas para cautivar al rey. Más tarde, en el tálamo conyugal, su marido reprendía a Helena por su frialdad con los invitados y confesaba cuánto le agradaba el troyano. Quizá la paz sería duradera, decía, a pesar de las ambiciones de su hermano Agamenón.

Ahora bien, ¿a qué negarlo? La idea de Paris —no quien fuera él de verdad, pues no lo conocía— estaba siempre fija en los ojos huidizos de Helena. Pensando en el fulgor que despedía su presencia, se consumía quedamente, tal como el piadoso incienso en un altar. En tal estado se alargaba su vigilia en aquellas noches, a pesar de tener a Menelao a su lado, hasta la hora en que la tierra acababa de esparcir los cristales de la escarcha y se quejaban los pájaros ocultos en las frondas. Solo entonces caía vencida por el agotamiento.

A la novena noche, cansada de estar cansada, Helena abandonó el lecho y, despertando solo a Clímene, la sirvienta en quien más confiaba, hizo que la acompañara al santuario de la ciudadela, sabedora de que, mientras no saliera de sus

murallas, no llamaría la atención de la guardia. La dejó a la entrada del recinto sagrado como centinela y después se encaminó entre los altares en busca del templete dedicado a Afrodita. Pensaba que si satisfacía a la diosa, la ayudaría a ahogar su afán. Amanecía cuando entró en el templo y se encontró con que Paris acababa de terminar su propio sacrificio.

No bien el troyano vio a la reina, se le cayeron las manos que tenía levantadas en actitud de oración y contempló su belleza, arrobado. Al mismo tiempo, sintió Helena que la imagen de su esposo palidecía en su alma al lado de la figura soberbia de aquel apuesto príncipe oriental de preciosa cabellera y ojos intensos, magníficamente ataviado con oro y púrpura. Comprendiendo ambos lo extraño de su presencia justamente en aquel lugar y a aquella hora desusada, se alzó al final Paris para dirigirse a ella:

—Infeliz aquel que consiente en estar descansando la noche entera y llama al sueño su recompensa. ¿Qué es el sueño sino la imagen de la helada muerte?

—El sueño es la reparación del esforzado —defendió ella.

—Ya me dará el destino tiempo ilimitado para descansar. Pierda yo mi descanso ahora mientras disfrute cada noche de la dulzura de un abrazo.

Notó Helena, al oír esas palabras, que ascendía desde su pecho un intenso acaloramiento que alcanzó a latirle en las sienes. Tragó saliva y entonces quiso dar la réplica:

—Ingrávidas son las flechas de Eros y obedientes al viento, esa es su única constancia.

Vio que Paris sonreía complacido y que empezaba discretamente a acercarse:

—Dispara, niño, contra mí. Desnudo y sin armas me ofrezco —dijo alzando la mirada a las alturas—. Sobre este cuerpo tienes tú fuerzas y te pido que claves tus flechas como si mandarlas fuera tu voluntad. —Llegó hasta ella. Por primera vez estaban tan cerca que ambos podían oler la respiración del otro. Paris bajó la voz como si alguien pudiera escucharlos—: Si un dios me dijera «vive sin amor», yo le suplicaría la muerte.

Volvieron a conectar sus ojos, los dos en silencio, inmóviles quién sabe por cuánto tiempo, si apenas un suspiro o quizá la noche entera. Los rescató de allí un tropel de pasos acelerados y el choque del metal. Paris se retiró al amparo de las sombras que todavía envolvían la columnata mientras Helena se volvía para ver quién era. Clímene corría por el sendero del santuario seguida de varios guardias. Salió del templo para ir a su encuentro fingiendo que venía del altar de Hera, que estaba muy cerca.

—¡El rey te reclama! —dijo la muchacha—. La madrugada ha traído un mensajero: ha muerto asesinado el rey de Creta.

Frunció el ceño Helena, pues comprendía la gravedad de la noticia, y rápidamente siguió a los soldados de vuelta al palacio. Catreo de Creta, hijo y sucesor de Minos, era el abuelo de Menelao y Agamenón por parte materna. Un oráculo le había vaticinado que moriría a manos de sus hijos. La noticia de su muerte violenta suscitaba graves cuestiones.

La reina encontró a su esposo en el patio, tomando disposiciones para organizar el viaje.

—Parto sin tardanza —le explicó él nada más ver que llegaba. Ella asintió sin decir palabra. Advirtiendo los oscuros cercos que manchaban sus ojos, Menelao la tomó de las manos—. Siento en mis carnes el dolor que te causan

nuestras separaciones, pero no andes por la casa como viuda abandonada, siempre oficiando votos, te lo ruego, porque no hay enemigo tan despiadado que pueda hacer caer a tu marido. —Helena buscó sus ojos, conmovida al ver la preocupación que le mostraba, por desencaminada que estuviera—. A ti te encargo, esposa, que hagas en mi lugar los honores a nuestros huéspedes, aunque sean poco de tu agrado, y que gobiernes en mi ausencia.

La desasió, pero entonces fue ella la que volvió a atraparlo, implorante cual sacerdotisa que suplicara a su dios

—Vuelve cuanto antes.

Menelao sonrió dócilmente:

—Eres reina por carácter y buena esposa por honestidad. Confío en ti.

Tal diciendo, la dejó para continuar los preparativos. Desolada y trémula quedó ella en el patio, donde el frío todavía cortaba dentro de las sombras que arrojaban los elevados muros.



La traición

Agitaba la brisa de la madrugada los cortinajes del baldaquino y acariciaba las mejillas encendidas de Helena, que dormía en el centro de su tálamo vacío entre revueltas sábanas. Un temblor estremeció su cuerpo. Se removió ella luego, liberando brazos y piernas en el desorden de la ropa de cama y los pliegues de sus vestiduras. Sin abandonar el sueño, se recorrió la piel con las yemas de los dedos: el cuello y los hombros delicados, los blancos brazos, las caderas. Respiró entrecortadamente al acariciarse los senos y después el liso vientre. Apartándose la falda, hundió las manos entre sus muslos y se estrechó contra sí misma. Gemía de gozo al tiempo que la brisa la amaba y recorría las gracias de su cuerpo. Después de alcanzar el apogeo del placer, quedó desfallecida y se le escaparon las lágrimas. Entonces despertó y vio que Paris estaba encima de ella, desnudo, penetrando en su mirada con sus candentes ojos de aceituna. Ante esa visión, recuperó de

repente la conciencia y se echó hacia atrás, pero, al hacerlo, advirtió que la imagen se volvía nebulosa y se mezclaba con las telas del dosel. Mientras se desvanecía, le pareció que no era en verdad el troyano, sino una mujer bellísima, con cabellos de oro que se extendían hasta confundirse con sus ropas —tan finas que apenas las había—, con los rizos del cortinaje, con la brisa que aún le palpaba el cuerpo.

Se escondió bajo las sábanas con el alma agitada y dentro de ellas, sin poder evitarlo, saboreó las lágrimas que le resbalaban hasta los labios. Le pareció que eran una bebida más deliciosa que cualquier néctar y que el sueño del que había despertado bruscamente había alejado el dolor de su pecho, porque tenía más poder que cualquier fármaco, que cualquier brebaje, como un hechizo. Cerró los ojos deseando volver a soñar que yacía con Paris y que gozaba de su hermosura.

❧

La fiesta de Hera se preparaba en el templo de la ciudad y luego transitaba hasta el bosque sagrado, donde las sacerdotisas oficiaban sus ritos y sacrificios. Valía la pena acercarse a observar la ceremonia, le habían dicho a Paris, aunque para llegar allí el camino era difícil por las cuestas. A él no le interesaba lo más mínimo, pero luego recibió la invitación de la reina, que asistiría como era costumbre desde tiempos inmemoriales.

Siguiendo el son solemne de la flauta, fue avanzando la procesión a través de calles engalanadas. Se llevaban terneras blancas como la nieve y carneros con sus cuernos retorcidos sobre las duras sienes. Al frente del cortejo, las jóvenes sacerdotisas lucían los cabellos adornados con flores y vestían



Helena deseó volver a soñar que yacía con Paris y que gozaba de su hermosura.

un largo manto blanco con el que que barrían las amplias calles allá por donde pasaban. Según los usos de sus antepasados, llevaban en lo alto de la cabeza los objetos sagrados que les habían confiado. A Paris, que iba con el séquito real, le asombraba la parquedad de sus aderezos. En Troya no faltaban adornos de oro y piedras preciosas a las vírgenes de Hera. Con la mirada atenta al exquisito cuello de Helena, a la que tenía delante, intentaba acelerar el paso con disimulo y situarse junto a ella.

Ante los aplausos de la multitud al verla pasar, la brillante comitiva salió de la ciudad y tomó los senderos empinados de la montaña. Despuntaba la primavera y las flores despertaban a su esplendor en los sotos y en los prados. Volvía el rumor de abejas, las espesuras resonaban con el gorjeo de pájaros cantores, retozaban los corderos en las lomas. Esparta resucitaba por tan bonancible tiempo y, bajo el sol vivificante, transpiraban todos los que formaban la comitiva sagrada y se les iba alterando el paso. Así fue como Paris pudo avanzar hasta la reina. El corazón de Helena dio un vuelco cuando advirtió la presencia del joven príncipe a su lado. Había sentido que la observaba durante todo el camino, pero no pensaba que se atreviera a asaltarla en público. Como ya los ánimos estaban relajados y la gente conversaba, aprovechó el troyano para dirigirse a ella en voz baja.

—Esparta es austera, pero tú, hija de Leda, mereces un tratamiento suntuoso. A tu belleza le cuadra servirse de generosos arreos y relumbrar a diario con nuevos refinamientos.

Helena permaneció en silencio un instante, asombrada por la osadía de Paris tanto como complacida. Extravió la vista en el entorno a la vez que hablaba:

—Aprende de mi ejemplo a poder pasar sin las cosas bellas, porque es virtud abstenerse de bienes placenteros. ¿Cuántos hombres crees que hay que me desean?

—¿Cuántos en el mundo tienen ojos para ver?

Helena enmudeció. ¿Es que no tenía aquel extranjero vergüenza de nada?

Penetraron en el viejo bosque sagrado, tenebroso por lo espeso de la arboleda, en cuyas sombras se intuía la fuerza de la divinidad. Allí en medio, delante de un altar hecho rudamente por manos antiguas, se concentró la muchedumbre y recibió la esposa celeste las súplicas y el incienso de los devotos. Mientras Helena presenciaba el ceremonial desde un costado, Paris se acercó a su oído, como hacían muchos allí para hablar con el más cercano.

—Sin embargo —susurró—, aunque todos los hombres desean la belleza, no tantos saben apreciar sus dotes, aumentarla, cuidarla. La mayoría ignora estas sutilezas.

—No mientes. La desgracia es que a menudo los sutiles también son lentos. Como andan prodigando aquí y allá sus atenciones, llegan tarde a un deleite que ya poseen otros.

Se volvió hacia él, obligándole a poner distancia para que no chocasen sus rostros. Lo miraba ceñuda, cual madre reprensora, pero la dulzura de la expresión de Paris se abrió camino hacia su interior. Dijo él, atento a sus ojos:

—Aquel que considera un gran bien lo que tiene no lo abandona a su suerte, porque de ese modo lo entrega a quien sí sabe apreciarlo.

Se apartó de ella y, con un movimiento gentil de la cabeza, se despidió. Vio la reina que se escabullía entre la gente y emprendía el regreso a la ciudad, ojeando el paisaje con

pañada de su séquito, y se acomodó junto a Paris. Clímene, que se puso detrás de ellos, miraba al suelo.

Helena comió y bebió en silencio mientras el aedo proseguía sus cantos. El troyano observaba de reojo su serenidad. ¿Había sido la canción de Apolo un reconocimiento de su amor o un rechazo? Qué acertaba a echarse a la boca, no llegaba él a saberlo, pues sentía que se le abrasaba el alma. Al poco rato, incapaz de soportar el mutismo, apoyó el codo en el asiento de ella e, inclinándose, le habló mientras miraba a otro lado.

—¡Ah, si conocieras el esplendor de mi padre! La Troade es la puerta de todas las tierras que se extienden al este del mundo, tan inmensas que nadie ha alcanzado su final. Si vieras sus incontables ciudades, sus palacios de oro y sus templos, si contemplaras Troya y sus murallas edificadas al son de la lira de Apolo. Cuántas veces dirías: «¡qué pobre es mi patria aquea!» Una sola casa de las nuestras contiene las riquezas de toda una ciudad griega.

También Helena evitó mirarlo al dar respuesta:

—A Esparta la superan vuestras riquezas, pero también es cierto que lo más valioso es lo escaso, mientras que el exceso lo hace todo vulgar. Ser amado, ser motivo de esfuerzo, ser la esperanza de otro, ahí está la fuerza que hace latir un corazón, que puede hacer que una mujer traspase la frontera del pudor.

Tal diciendo, tomó su vaso y bebió con recato. Paris no supo qué decir y se volvió hacia ella, deseoso de contemplarla de nuevo. Extasiado la observó, tan elegante, tan bella. Luchaba como una leona y lo hacía arder enloquecido.

—Preciosa Helena, estrella de la noche, astro del día, ¿quién hay que sepa esconder el fuego, si él solo se delata por su brillo? Anhelo tu boca y tu abrazo, que son para mí más que el aire

Pálida quedó la reina con la copa en los labios. La mano le temblaba. A duras penas logró bajarla hasta la mesa sin que volcara. Después, fingiéndose impasible, aunque mucho le costaba, se levantó y salió de la sala. Intentó Paris decidir si debía ir tras ella. ¿por qué combatía con tal saña lo que era su deseo? «Diosa de los dulces bienes, mucho me haces laborar para ver cumplida la promesa que me hiciste» dijo para sí.

La luna tremolaba en el estanque y a Helena le parecía que resonaba en ella su agitación interior. Vagaba por el jardín suspirando, trastornada por el bochorno y la duda, con una capa sobre los hombros, pues aún a aquella hora hacía fresco. De tanto en tanto escrutaba el reflejo brillante buscando en sus manchas la salida a su aprieto. Detuvo su caminar al oír movimiento en la penumbra. Cuando Paris emergió de la maleza, se halló la reina, medrosa, ante la fuente de su desasosiego.

—Pido compasión para quien se ha declarado —suplicó él—. No me observes con rostro severo, sino con el que sienta bien a tu hermosura. ¿Quién puede enojarse con un enamorado?

—Siempre que no sea simulado el amor y dañe a quien dice amar. ¿Eres amigo o enemigo?

La agarró Paris de la mano:

—No me ha desembarcado en tu tierra tormenta ciega ni extravío alguno, sino que he venido de lejos a buscarte. He sido herido por la flecha del arco travieso, y no me ha rozado solo la punta, sino que me ha llegado a los huesos. Así lo ha querido el destino y no puedo yo estorbarlo.

Un velo húmedo inundó los ojos de Helena. Se le desarmaron las rodillas. Paris la sujetó para que no cayera y, estrechán-

dola entre sus brazos, admiró el rubor de su rostro. Dolorosamente tragó ella y solo entonces logró despegar su voz de la garganta:

—Si que me falta el marido, sí que duermes tú sin compañera, si que me atrae tu hermosura y a ti la mía. Estaría ciega si negara que todo nos invita al apasionamiento, pero lo mismo me impulsa hacia tus labios no sé qué fuerza como me retiene un temor que no puedo explicar. ¡Ojalá supieras obligarme, porque mi voluntad no me obedece! De lo contrario, solo me queda apagar el amor que ha empezado, ahora que es joven.

—Pido al cielo que, antes que eso, la tierra cubra mi rostro.

Acercándose a ella hasta oler su aliento, fue a besarla y ella abrió también los labios. Pero tuvieron que detenerse. Se oía en los soportales el paso de la guardia. Rápidamente recuperó el vigor Helena y se zafó de Paris. Vio él desalentado que corría de vuelta a sus estancias sin mirar atrás ni un momento.

◦◦◦

Pasaba la medianoche y Helena no sentía frío bajo el dosel, sino que la agobiaba un íntimo acaloramiento. Para que corriera el aire había abierto una de las hojas de la puerta. Borracha del rostro de su amado, no podía conciliar el sueño, sino que se excitaba el oleaje que chocaba contra los fundamentos de su alma. Daba vueltas a uno y otro lado sin hallar descanso, se iba enroscando en las sábanas, se sentía más incómoda, más dolorida y agotada.

Reparó entonces en que una sombra se movía en el hueco de la puerta y entraba en su alcoba. Al punto se incorporó, escrutando la oscuridad. La voz de Paris murmuró muy cerca:

—Sola pasas la noche tan larga en tu lecho viudo mientras en cama viuda la paso también yo solo. Que un común desE̶e nos una a ti conmigo y a mí contigo.

Helena se cubrió el cuerpo con la colcha.

—Es mejor que sea otra quien tenga esa fortuna. Viviré por siempre triste, pero con la reputación reluciente porque ningún adúltero habrá hecho de mí su trofeo.

—¿Crees que esta hermosura tuya puede vivir confinada? —replicó Paris, sentándose a su lado—. Hay una pendencia irresoluble entre belleza y discreción.

Suspiraba Helena rota en su interior por la incertidumbre.

—El amor de los extranjeros no es de fiar: anda errante como ellos y, cuando la amante cree que no hay cosa más perdurable, echa a correr. Aunque quisieras ser fiel, no podrías, porque tu flota apresta sus velas. Mientras gozamos de nuestra noche ansiada, habrá llegado el viento que te llevará a tu patria y con él se irá tu amor.

—Mal me juzgas. Mi propósito es firme: ya está preparada mi flota, armada y con sus guerreros, y ahora mismo los remos y el viento permiten un rápido viaje. Quiero que vengas conmigo. En las tierras troyanas la gente creerá que eres una nueva diosa, sahumarán cinamomo y te harán ofrendas allá por donde vayas. En Troya te haré mi juramento ante todos los dioses y nos enlazaremos en sagradas leyes, porque no soy hombre sin alcurnia ni con desdoro para ti: serás mi mujer.

—¿Tanto crees que desprecio los pregones de la alada fama como para dejar que llene el mundo de mis escándalos? ¿Qué diría Esparta de mí, qué diría la Hélade entera?

Paris se le acercó, implorante.

—Si te da vergüenza que parezca que me has seguido, yo solo me nombraré reo de ese delito. Así como Teseo te secuestró, tras él me proclamaré yo tu segundo captor.

—Pero ¿y los tuyos? —dijo ella reculando hasta tocar con la espalda en un soporte del dosel— ¿Qué pensarán tu rey y su esposa, tus hermanos, tus hermanas? Tú mismo, ¿cómo podrías confiar en mi fidelidad y no sentir angustia ante tu propio ejemplo? Cada vez que un desconocido arribara al palacio te causaría inquietud y siempre que te irritaras conmigo me llamarías adúltera, olvidando que en mi acusación está incluida la tuya. Te convertirías a la vez en el autor y el censor de mi delito.

—Eso no pasará jamás. Juro por el Cielo y la Tierra que renunciaré a la vida si llega el día en que tengas que exigirme los compromisos que te ofrezco —la tomó entre sus brazos y ella se abandonó, incapaz de resistirse más. Veía un halo alrededor de él, una luminiscencia que le daba aspecto sobrehumano; le parecía un dios, el gemelo en hermosura de aquella mujer que la visitara en sueños, a la que creía entrever en sus rasgos, poseyéndola a través de los ojos, abriendo los labios húmedos en busca de los suyos— Acompáñame ahora mismo, pues tenemos el favor de los dioses.

Sus labios se encontraron en un beso voraz y al fin paladeó cada uno el sabor del otro.

ooo

Irrumpía la azafranada aurora cuando un enviado despertó a Eneas en su alcoba del palacio con un extraño mensaje de su primo, que lo conminaba a encontrarse con él en el puerto lo antes posible. Razonablemente inquieto, el dardanio reunió



Helena veía una luminiscencia alrededor de Paris que le daba aspecto sobrehumano.

la breve escolta que los había acompañado a la ciudad, pues toda la marinería había quedado en Gitión, y partió al galope en respuesta a la llamada. Ya esparcía el sol sus nuevos rayos por la faz de la tierra a la hora en que descabalgó donde estaba amarrada la flota. Asombrado, vislumbró la vela de la nave capitana alejándose en el mar, mientras que los demás barcos aguardaban en el muelle con las tripulaciones preparadas para zarpar. Paris había salido al abrigo de la noche dejando órdenes de que la flota lo siguiera a la llegada de Eneas.

El dardanio encajó en el ánimo la lanzada de un siniestro presagio: ¿qué podía haber sucedido para que su primo quisiera marcharse con tan inadecuadas formas? A pesar de su recelo, obedeció sus prescripciones por no traicionarlo. Mandó soltar las amarras sin perder tiempo. Afanosos rizaron los remos troyanos espumas en el mar, las velas a la par firmes al viento, de modo que bien pronto habían dejado atrás la orilla y borrado el puerto de la vista.

Los impulsaban brisas favorables en aquel día luminoso y limpio que hacía de la navegación un placer. En el cabo Malea, donde chocaban el Jónico y el Egeo, las aguas estaban en calma y fue fácil pasar de uno a otro mar y doblar al noroeste. Los marineros estaban felices de volver a sus casas, aunque veían, sin entender por qué, que Eneas recorría la cubierta arriba y abajo hecho un manojo de nervios, subía al mascarón de proa para no perder el bajel de Paris, volaba luego a la elevada popa, escudriñando el mar a su espalda.

Tras toda una jornada, se alargaban las sombras de las velas sobre el agua cuando vieron pasar el templo de Poseidón sobre el acantilado del cabo de Sunion. La nave capitana se desvió hacia la isla de Cránae, estrecha y espigada, la más

cercana de las Cícladas, cuyas columnas se encendían ya con el declinar del sol. Observó Eneas que su primo recorría la costa en busca de un enclave para pasar la noche, pero, en lugar de rodearla por la vertiente occidental, lo hacía por la otra, que quedaba oculta a la vista del continente. En el tiempo en que lo siguió hasta una rada natural, las tinieblas se abatieron sobre el cielo.

Era Cránae una franja de terreno fragoso y con poca vegetación, habitado por cabras montesas y pescadores. Paris había mandado varar en una playa recogida y había acampado en una cañada tierra adentro. Como Eneas divisó la lumbre de sus fuegos, apenas echó el pie a tierra desde su nave se encaminó ceñudo hacia allí en busca de respuestas.

Había alzado su primo la gran tienda de lona de los jefes en campaña. La guardia apostada en la entrada quiso saludarlo, pero él no se detuvo ni un instante, sino que, corriendo la cortina, se precipitó hacia el interior. Las brasas humeaban en el centro del alojamiento, donde Paris se calentaba las manos, sentado en una banqueta. Una joven espartana del séquito de la reina trinchaba carne en una mesa preparada para la cena. Se encontraron las miradas de los dos primos, Paris rutilante cual luminaria, Eneas, sombrío como la noche misma. El espíritu del dardanio zozobró otro tanto cuando, al moverse un cortinaje, vio que salía de las estancias interiores la madre de Teseo. Muda y con la mirada baja, Etra se sentó al otro lado de la mesa, dejando vacío el asiento del centro. Ya estaba la carne servida y Eneas, de pie, con el alma queriendo escapar de su cuerpo, incapaz de articular palabra. Volvió a agitarse la cortina entonces. Helena de Esparta apareció en medio del silencio y al lado de Paris ocupó su lugar. Poniendo una copa

en la mano de su primo, el hijo de Príamo elevó la suya y, jubiloso, propuso un brindis:

—Por el amor.

Al tiempo que chocaban los vasos de los amantes, Helena y Paris no podían dejar de mirarse y vio Eneas que en sus ojos fulguraba la llama de un fuego poseído, capaz de incendiar la tierra, de alzarse a la bóveda celeste, de bajar al inframundo, de arrasar el cosmos de uno a otro confín. Con el aire detenido en su pecho, se dijo para sus adentros «que los dioses nos ayuden»; y luego se llevó la copa a los labios y la vació de un solo trago.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Helena es el paradigma de la belleza femenina, una Afrodita hecha mujer y mortal. Como tal, durante siglos fue vilipendiada por adúltera y causante de una larga y penosa guerra, pero también defendida con no menos ahínco, por quienes veían en ella bien un instrumento pasivo en manos de los dioses, bien un ser inocente de los pecados que se le imputaban.

Helena fue la más bella de las mujeres. El poeta Homero (siglo VIII a.C.) la llamaba «la de hermosos cabellos» y aun fue más lejos su rival Hesíodo (siglo VIII-VII a.C.), pues hablaba de ella como «la muchacha que tenía la belleza de la dorada Afrodita». Helena era, por tanto, el trasunto humano y mortal de la mismísima diosa del amor, una mujer nacida para fascinar a los hombres y también para llevar a la Tierra la discordia y provocar una guerra, la de Troya, que debía exterminar la raza de los orgullosos héroes. En este sentido, existe una tradición que afirma que Helena nació del fruto de la unión entre Zeus y Némesis, la personificación de la venganza divina y del castigo a todo crimen o comportamiento desmesurado, como puede ser el orgullo. En dicha versión del mito, Leda no es la madre de Helena, sino solo la encargada de criar a la niña nacida del huevo puesto por Némesis, quien, transformada en oca para escapar de las asechanzas de Zeus, habría sido alcanzada por el dios de los cielos bajo la forma de cisne.

DE ESPOSA INFIEL A VIRTUOSA

Desde Homero, Helena es el paradigma de la mujer que, sabiéndose hermosa, no duda en utilizar su belleza para encantar a los hombres y conseguir de ellos todo lo que se propone, incluso que, una vez caída Troya, Menelao se vea incapaz de castigarla con la muerte por su adulterio y decida regresar con ella a Esparta como si nada hubiera pasado. Dicho de otro modo, Helena es una especie de mujer fatal y, como tal, fue vilipendiada. Ejemplo de ello es una obra atribuida a Hesíodo que nos ha llegado en estado fragmentario, *Eeas o Catálogo de mujeres*. Los versos referidos a la hija de Leda inciden en la mala fama de que gozaba: «Y así Helena deshonró el lecho del rubio Menelao».

Esta imagen negativa, sin embargo, duró poco. En la *Odisea* del mismo Homero Helena se muestra ya como una modélica ama de casa que recuerda su huida con Paris como un error. No mucho más tarde empezó a tomar forma otra versión según la cual la hija de Leda no solo estaba libre de toda culpa, sino que ni siquiera pisó suelo troyano. Ese drástico cambio en la consideración de la reina espartana se resume en la figura de un poeta del siglo VI a.C. llamado Estesícoro, quien primero le habría dedicado un difamatorio poema en el que acusaba a Helena de «bígama, trígama y abandonamaridos» y de haber causado la catástrofe de la guerra troyana. En castigo, la misma Helena, que había sido divinizada a su muerte, lo dejó ciego y le advirtió que solo le devolvería la vista si se retractaba. Eso es lo que hizo Estesícoro, quien compuso un nuevo poema en el que decía: «Este relato es cierto: no fuiste en las naves bien tripuladas ni llegaste a las torres de Troya». En su lugar, Paris lo que llevó fue una especie de fantasma, un simulacro creado por Hera a partir de una nube. La verdadera Helena habría

sido portada por Hermes a Egipto, donde quedó al cuidado del rey Proteo. Por lo tanto, según cuenta esta versión, griegos y troyanos se batieron y murieron por una simple nube.

HELENA EN EGIPTO

Prescindiendo de toda intervención divina, el considerado padre de la historia, Heródoto (484-425 a.C.), hizo suya también esa versión rehabilitadora. Según refiere en el segundo libro de sus *Historias*, durante su viaje a Egipto tuvo oportunidad de visitar un santuario dedicado a Afrodita Extranjera, advocación que le resultó extraña y lo llevó a conjeturar que en realidad estaba dedicado a Helena, quien habría vivido allí durante su estancia en la corte de Proteo. Así se lo confirmaron los sacerdotes del lugar, que le relataron también cómo Paris y Helena fueron arrojados por vientos contrarios a la costa egipcia y cómo el rey, enterado de que el troyano había violado la ley de la hospitalidad al huir con la esposa de su anfitrión y robar sus tesoros, lo expulsó de sus dominios sin permitirle que se llevara a la hija de Leda. Esta se habría quedado en Egipto hasta que Menelao llegó a buscarla.

No fue esta la única reivindicación de Helena. El filósofo Gorgias de Leontinos (c. 485-c. 380 a.C.) y el orador Isócrates de Atenas (436-338 a.C.) compusieron sendos *Elogios de Helena*. Si el primero defendía a ultranza la inocencia de la hija de Leda, raptada según él por voluntad divina o por violencia física, el segundo hizo de ella el símbolo de la belleza suprema, «que es la cualidad más respetable, la más honorable y la más divina». Así, Helena es superior a otro famoso hijo de Zeus, Hércules, dado que toda fuerza física se vuelve impotente ante la belleza. Y no solo eso: Helena representaba también un referente panhelénico, pues a causa de ella «los griegos



Un triángulo amoroso

Helena es la protagonista del más célebre triángulo amoroso de la mitología griega, cuyos otros dos vértices son su esposo, Menelao, y su amante troyano, Paris. El primero de ellos, cuyo nombre parlante puede interpretarse como «la cólera del pueblo», pertenecía a una familia, la de los Atridas, marcada por la maldición divina. En cuanto al segundo, forma parte de ese grupo de héroes que, como el tebano Edipo, fueron abandonados por sus padres al poco de nacer para evitar el cumplimiento de alguna aciaga profecía, en este caso la destrucción de Troya. Su nombre en realidad es doble, pues los pastores que lo recogieron lo llamaron Alejandro («el que protege»), un detalle que podría parecer anecdótico si no fuera por el hallazgo de los archivos de la capital hitita, Hattusa (actual Turquía): el desciframiento de varias tablillas de arcilla en hitita y acadio ha permitido identificar a un tal Alaksandu de Wilusa, nombre este que se cree corresponde al griego de Alejandro de Ilión (Troya). Además, la datación de esos documentos hacia el año 1280 a.C. coincide con el marco temporal en que la tradición y la arqueología sitúan la guerra troyana. ¿Significa eso que el tal Alaksandu fue Paris y que, tal como relata la leyenda, visitó Esparta, raptó a su reina y provocó una guerra que solo acabó con la destrucción de su propia ciudad y con la muerte de su familia y la de él mismo? A pesar de lo tentador de la propuesta, resulta aventurado ir más allá solo por la semejanza de unos nombres y algunos detalles.

iniciaron una expedición conjunta contra los bárbaros y por primera vez, Europa obtuvo un trofeo por su victoria sobre Asia [Troya]». La denostada Helena pasó así de ser la esposa infiel a representar un modelo de virtudes domésticas y patrióticas.

UNA TRAGEDIA QUE CANTA A LA VIDA

La interpretación exculpatoria de Estesícoro fue recogida por Eurípides (c. 484-406 a.C.) en su *Helena*, una tragedia tan heterodoxa que más bien podría considerarse una comedia romántica llena de luz y amor a la vida. La protagonista, transportada hasta Egipto por Hermes, queda aquí exculpada de todo pecado. Según esta interpretación, Helena es una mujer tan bella como virtuosa, amante de su marido y fiel a él, en absoluto la casquivana que todos creen, como ella misma confiesa al inicio de la obra: «Yo, que todo lo he sufrido, estoy maldita y paso por haber a mi esposo traicionado y causado la gran guerra de Grecia». Y todo a causa de su belleza, vista como una maldición: «La hermosura, lo que hace felices a las otras mujeres, ello mismo fue causa de mi ruina».

El escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.) dio un enfoque muy diferente de la bella espartana en sus *Relatos verídicos*. La acción se sitúa en la isla de los Dichosos, a la que van las almas de los bienaventurados. Allí la bella Helena, como le sucediera en vida, no puede resistir las miradas y señas de un joven apuesto llamado Cíniras y escapa con él. En otra obra del mismo autor, *Diálogos de los muertos*, la legendaria belleza de la reina ha quedado reducida a una monda calavera. «Y ¿por una cosa así se fletaron miles de naves procedentes de toda Grecia, y cayeron tantos griegos y bárbaros y han sido devastadas tantas ciudades?», se pregunta Menipo, un personaje de la obra.

En Roma, el gran poeta del amor, Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), no dejó pasar la oportunidad de ensalzar a la más bella de las mujeres. Lo hizo en *Heroidas*, una colección de cartas escritas por las grandes amantes de la mitología. En este caso, la carta es doble, pues hay una de Paris y otra de Helena en respuesta. En la suya, el hijo de Príamo desnuda su pasión, el fuego que invade su alma («solo la llama de mi pira podrá poner fin a la llama de mi amor») y que él cree referido a la antorcha con que su madre soñó cuando todavía lo llevaba en su seno. La respuesta de Helena, aunque airada en un primer momento ante lo que interpreta como una afrenta a su pureza conyugal, va poco a poco ablandándose ante el apuesto pretendiente. Helena es consciente de su belleza («me atrae a mí tu hermosura y a ti, la mía», dice en la carta), pero, al contrario que él, ve también las terribles consecuencias de sus actos: «Estoy segura de que, si te sigo, se prepara una guerra; nuestro amor se desarrollará entre espadas».

FASCINADOS POR LA BELLEZA

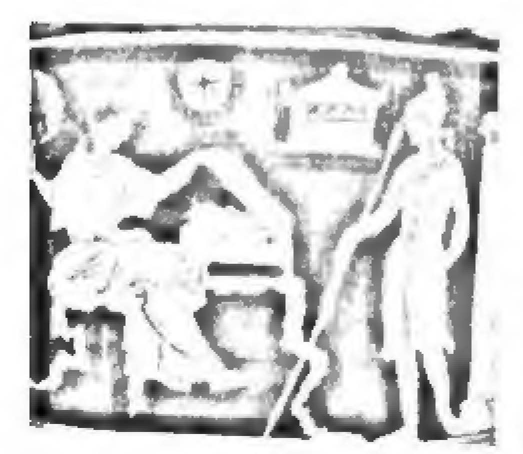
En la Edad Media se encuentran referencias a Helena en poemas como los que componen la colección *Carmina burana*. Compuestos entre los siglos XII y XIII por clérigos y estudiantes vagabundos, los goliardos, sus versos van de la exaltación de la belleza de la hija de Leda («¡Dios, Dios mío!, ¿aquella es Helena o es la diosa Venus?») a la denigración absoluta («fue una meretriz, mujer funesta, fecunda en males»). En siglos posteriores, es la fascinación de la belleza lo que se impone. Así, en *La trágica historia de la vida y muerte del doctor Fausto*, del inglés Christopher Marlowe (1564-1593), el protagonista, antes de rendir su alma al

diablo, pide como última gracia hacer suya a Helena: «¿Es este el rostro que dio impulso a mil navíos y puso fuego a las altas torres de Troya? ¡Dulce Helena, dame en un beso la inmortalidad!», exclama. Y lo mismo pasa en otra obra referida al mito fáustico, el *Fausto* del alemán Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832): «¿Me quedan ojos? ¿No se ha desbordado en mi alma el manantial de la belleza?», se pregunta un impresionado Fausto ante la visión de la legendaria reina. Esta imagen contrasta brutalmente con la que refleja la comedia de William Shakespeare (1564-1616) *Troilo y Crésida*. Ante la pregunta de Paris de quién merece más a la bella espartana, si él o Menelao, el héroe griego Diomedes responde: «Vuestros méritos son iguales; el uno no pesa más que el otro; de un lado como del otro, el peso de una ramera mantiene la balanza en equilibrio».

Los escritores del siglo XX no han sido tampoco inmunes al encanto de Helena. En 1925, el americano John Erskine (1879-1951) publicó *La vida privada de Helena de Troya*, una novela que convierte a la reina en un símbolo de mujer liberal y moderna que quiere experimentar lo que es la vida y el amor, que la traten como ser humano y no como una obra de arte a causa de su belleza. Es por ello por lo que huye con Paris, aunque tampoco en él encuentre lo que tanto anhela. En esa novela, Menelao reconoce que su esposa «no tiene más que una misión, la de fascinar». Esa capacidad es la que precisamente rememora la protagonista del poema *Helena*, del griego Yannis Ritsos (1909-1990), una reina cuya legendaria belleza ha sido devastada por la vejez y la decrepitud. Todo eso es pasado y, por ello, «nada tiene sentido, ni objetivo, ni duración, ni sustancia: riquezas, guerras, famas y envidias, las joyas e incluso mi belleza. ¡Qué estúpidas leyendas, que si cisnes, que si Troyas, enamorados, proezas».

LA DIOSA MÁS BELLA

Los artistas de todos los tiempos no han podido resistirse a la belleza de Helena. Igualmente, son incontables las representaciones sobre el juicio de Paris. El motivo está presente en la cerámica griega, por ejemplo, en un magnífico *pelike* ático (una variedad de ánfora con una base más ancha) de mediados del siglo IV a.C., pero es en la pintura renacentista y barroca cuando se convierte en un tema recurrente. Hay versiones para todos los gustos. Así, en las varias aproximaciones que el alemán Lucas Cranach el Viejo (1472-1553) hizo a él, destaca la ironía, con una Afrodita que, en lugar de a un Paris armado como un caballero, prefiere mirar insinuante al espectador, como si dejara en él la elección de la más bella. El flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640), en cambio, se muestra más fiel al mito para mostrar al hijo de Príamo en hábito de pastor y en actitud pensativa ante las tres diosas desnudas, mientras que el italiano Luca Giordano (1634-1705) representa el momento más íntimo en que el divino trío se desviste. El clasicista Anselm Feuerbach



En esta crátera de figuras rojas atribuida al llamado Pintor de [illegible] y realizada hacia el año 380 a.C. (Museo del Louvre, París), Helena recibe de Paris un precioso obsequio traído de Troya, ciudad ya célebre por su esplendor oriental. El hijo de Príamo aparece ataviado con el característico gorro frigio.

(1829-1880), el impresionista Pierre-Auguste Renoir (1841-1919) y el simbolista Franz von Stuck (1863-1928) revelan la pervivencia de esta sugerente historia.

Si abundantes son estas representaciones, son aún más las que tienen como protagonista a Helena, y ello sin entrar en los episodios posteriores al rapto. Los artistas se han volcado sobre todo en retratarla en todo el esplendor de su belleza: es lo que hizo en escultura el neoclásico italiano Antonio Canova (1757-1822) en un busto de extraordinaria delicadeza. En pintura, han sido los románticos y simbolistas los que más han intentado recrear el poder fatal de esa belleza por la cual se derramó tanta y tanta sangre. Los prerrafaelitas ingleses Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) y Evelyn de Morgan (1855-1919), y el simbolista francés Gaston Bussière (1862-1928) son algunos de ellos: sus Helenas son mujeres jóvenes y seductoras que se resisten a marchitarse en la austera Esparta y por ello reciben con agrado la llegada del joven y apuesto extranjero. La seducción cuenta con una amplísima iconografía: la austríaca Angelika Kauffmann (1741-1807) pintó cómo el hijo de Príamo, de la mano de Eros, sale al encuentro de una Helena que parece resistirse y a la que tiene que animar una sirvienta. Un paso más allá fue el neoclásico Jacques-Louis David (1748-1825) al mostrar a ambos el uno al otro en la estancia de la reina. Y una crátera de figuras rojas de principios del siglo IV a.C. parece ilustrar el momento en que Helena recibe un presente que Paris ha traído de la próspera Troya. Si en el italiano Guido Reni (1575-1642) y el bohemio Karel Škréta (1610-1674) esa huida parece ser de común acuerdo, en otros artistas toma el aspecto de un rapto con violencia, lo que da pie a composiciones mucho más dramáticas. Un maestro en ello fue Tintoretto (1518-1594), quien sitúa ya a Paris y Helena en el barco, pero aún no libres de peligro, tal es el tumulto de gente que los persigue e intenta impedir su marcha, incluso tirándose al agua.

Índice

1 · La manzana de la discordia 9
2 · Hijos malditos 31
3 · El juramento de los aqueos 55
4 · El viaje fatal 71
5 · La traición 89

La pervivencia del mito 105



Las Metamorfosis de Ovidio son la fuente de inspiración de estas dos pinturas: en la parte superior, Apolo y Marsias, que encontramos en los Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas, de Ribera, óleo en el que sobrecoge la serenidad del dios mientras desolla vivo al sátiro que había osado desafiarlo en un concurso musical. Abajo, el Apolo y la serpiente Pitón, conservado en el Museo del Prado de Madrid, que Cornelis de Vos pintó sobre un boceto preliminar de Rubens. En esta tela, el monstruo aparece acribillado ya por los certeros dardos del dios, quien a su vez a punto está de ser herido por el también arquero Eros.



EL DIOS DE LA MÚSICA

Como músico, cantor y tañedor de lira, Apolo estaba llamado a protagonizar numerosas obras musicales, entre ellas la primera ópera de la historia, *Dafne*, de Jacopo Peri (1561-1633). Su música se ha perdido, no así la que, sobre el mismo texto, compuso en 1608 Marco da Gagliano (1582-1643). Posteriormente, el tema fue tratado, entre otros, por Francesco Cavalli (1602-1676) en la ópera *Los amores de Apolo y Dafne*; por Georg Friedrich Haendel (1685-1759) en la cantata *Apolo y Dafne* y, ya en el siglo XX, por Richard Strauss (1864-1949) en *Dafne*. La escena final de esta, la de la transformación de la protagonista en laurel, es una de las páginas más mágicas del repertorio lírico.

Otro de los amores del dios fue tratado en *Apolo y Jacinto*, un intermedio en latín con música de un niño de once años llamado Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). Por la moralidad de la época, y más en una corte arzobispal como la de Salzburgo, en la que se estrenó la obra, el dios no sufre aquí de amores por Jacinto, sino por la hermana de este, Melia. Aunque poco conocida, la partitura es una muestra de la milagrosa precocidad de Mozart.

Pero si una obra musical hay que represente la quintaesencia de lo que es Apolo, esa es el ballet *Apolo Musageta*, del ruso Ígor Stravinski (1882-1971). Escrita en 1928, es una de las páginas señeras del Neoclasicismo, una corriente que se abrió paso en la Europa de entreguerras y cuyo propósito era revivificar las formas y los temas de la gran tradición clásica que las vanguardias habían puesto en entredicho. En este sentido, es una obra «apolínea», esto es, que guarda en todo momento el equilibrio entre sus partes, rechaza la disonancia, quiere el orden y lo justo, y persigue la belleza, entendida como claridad. Es, en suma, la música del «nada en demasía» y del «conócete a ti mismo» inscritos en el templo de Delfos.